

EL NEGRO LIBRO DEL HORROR

CURTIS GARLAND

«Está escrito.

Quien encuentre el Negro Libro del Horror y abra sus páginas, desatará los más terribles males sobre la Humanidad. Algo así como una nueva y alucinante Caja de Pandora, capaz de desencadenar las más espantosas calamidades sobre el género humano, llevando al paroxismo del terror a quienes tengan la desgracia de estar presentes en ese nuevo y dantesco aquelarre, en esa orgía frenética y delirante del Mal».



Curtis Garland

El negro libro del horror

Bolsilibros: Selección Terror - 125

ePub r1.2

xico_weno 31.08.16

Título original: *El Negro Libro del Horror*
Curtis Garland, 1975
Ilustraciones: Salvador Fabá

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

Pórtico

«Está escrito.

Quien encuentre el Negro Libro del Horror y abra sus páginas… desatará los más terribles males sobre la Humanidad. Algo así como una nueva y alucinante Caja de Pandora, capaz de desencadenar las más espantosas calamidades sobre el género humano, llevando al paroxismo del terror a quienes tengan la desgracia de estar presentes en ese nuevo y dantesco aquelarre, en esa orgía frenética y delirante del Mal.

El Negro Libro del Horror…

Nadie sabe dónde está. Nadie conoce su paradero. O, cuando menos, nadie hasta ahora lo conoció. Es más: su existencia ha sido puesta durante siglos enteros en tela de juicio. Para los escépticos, se trata solamente de una leyenda. Para los incrédulos, de una simple superstición. Para los supersticiosos… de una espantosa posibilidad real. Y para los endemoniados… de un hecho cierto e inexorable que tiene que terminar por suceder algún día y que liberará decisivamente a las negras fuerzas maléficas que esperan, agazapadas, en la dimensión ignota del Horror, de la Muerte, de las Tinieblas insondables del más allá…

Así se habla en voz baja entre los iniciados. Así se ha estado hablando durante siglos, de extremo a extremo del mundo. Aquellos que creen saber que existen los vampiros, que las brujas y súcubos deambulan en las noches de aquelarre, y que en las sombras nos vigilan y acechan los poderes siniestros del Infierno, a veces encarnados en íncubos, monstruos horripilantes y muertos que resucitan con hambre de caníbales… O en los que bañan sus cuerpos convulsos en recipientes de sangre…

El Negro Libro del Horror estuvo en alguna parte durante siglos. Esperando a que unas manos imprudentes cometieran el terrible

error de abrirlo. Abrirlo y dejar que de sus oscuras e ignotas páginas polvorientas, cuya antigüedad se perdía en la noche de los tiempos, surgiera todo el Mal acumulado allí por alquimistas malditos, por seres que vendieron su alma a Satán, por criaturas horrendas, que nadie ha visto ni ha imaginado nunca…

Está escrito que quien lo encuentre y levante las bisagras de hierro que cierran sus tapas de negra piel, con polvo de siglos encima, habrá desencadenado el terror, la angustia, una fuerza mil veces peor que la misma muerte.

Pero ¿existe realmente ese libro? ¿Está en alguna parte? ¿Existe la persona capaz de abrir ese libro, si es que llega a encontrarlo alguna vez?

Ése es el gran enigma. Lo que nadie sabe. Lo que no podría haber persona alguna capaz de afirmarlo o negarlo. Lo que nunca se sabrá… hasta que ocurra, realmente.

Pero… ¿ocurrirá?

Desde el Medioevo se está pensando en ello. Se busca. Se indaga. Se persigue. Y, por supuesto, nadie ha dado con él. Se dice que los investigadores y filósofos buscan beber en ese libro, sin osar abrirlo, los conocimientos del pasado. Quizá la sabiduría que pudiera conducir a la fabulosa piedra filosofal. A la magia negra, al poder de las frases y las invocaciones ocultas…

Se dice que los creyentes y los temerosos del Mal, buscan el libro para destruirlo en el fuego purificador, Y se dice que los perversos anhelan dar con él para, a cambio de sus conocimientos y poderes, entregar su propia alma a Satán.

Sí. Se dicen muchas cosas. Demasiadas, tal vez.

Y en realidad… ¿cuál de ellas puede ser cierta?

¿Cuál responde a una verdad y no a un mito o una vulgar leyenda?

¿Cuál?

No existe respuesta para ello. Evidentemente, nunca ha existido. Ni es fácil que llegue a existir.

¿O… tal vez sí?».

* * *

Las manos dejaron cansadamente el escrito a un lado. Hubo un corto resoplido entre los labios del hombre, bajo el bigote frondoso.

Luego, el documento quedó sobre la mesa, junto a la pipa de brezo que humeaba tenuemente sobre el soporte, al lado de la copa de oporto.

No había sido muy explícito. Ni mucho menos. Estaba defraudado. Decepcionado, realmente. Aquel escrito lo había perseguido durante algún tiempo. Lo había pagado a buen precio. Dar cincuenta guineas por el texto escrito en letra cursiva, difícil de traducir, en el inglés difícil y arduo de los tiempos shakesperianos, era mucho dinero. Especialmente, cuando el texto no conducía a ninguna parte ni explicaba nada. Había confiado en que aquel historiador del siglo XVI hubiera ahondado más en el tema. Pero no era así. Se refería a alusiones vagas, imprecisas, que nada esclarecían. A cuestiones que no sabía ni podía definir.

—¿De qué sirve ese documento? —Se preguntó entre dientes, malhumorado, el hombre sentado en el confortable sillón rojo, tapizado de terciopelo—. Si todo va a ser así…

Con desaliento, tomó aquel viejo volumen de tapas de piel color ocre, encuadernado toscamente. Era todo lo que le quedaba ya por examinar, de la compra hecha al viejo anticuario y librero de Blackfriars. Una edición rara, en octavo, fechada en Londres, en 1618. Una vieja editorial de Bankside, en el lado ribereño de los teatros, al sur del Támesis por entonces. El libro tenía un título prometedor:

SECRETOS DE LA NIGROMANCIA Y LA ALQUIMIA EN GRAN BRETAÑA

Por *sir* Hugh Knight, Sr.

Abrió el volumen. Por un punto en el que una cinta de seda escarlata servía para marcar algo importante, entre las hojas amarillentas y crujientes, que se movían a causa de su mal estado de conservación en el lomo, donde fallaba la encuadernación.

Leyó el título de uno de los capítulos. Los bordes de la página, color amarillo siena, aparecían rotos y gastados:

MISTERIOS EN LAS ABADÍAS INGLESAS

Siguió la lectura. Su dedo se extendió de línea en línea, hasta

llegar a un punto determinado del texto. Se apoyó con fuerza allí. La uña marcó el papel, bajo unas palabras concretas:

«Todos conocemos mejor o peor la excelente popularidad y prestigio de la ciudad de Whitby, en las proximidades de Middlesbrough, en el Yorkshire inglés. Sabemos de sus ricos salmones, de sus pintorescas calles, de sus casas antañonas y singulares, de sus costumbres vivas aún, como en otros tiempos…

»Pero según algunos, hay algo más que salmones y pintoresquismo en Whitby. La vecindad de los pantanos de York, da una atmósfera opresiva a muchas de las zonas de esta bella región. Pero Whitby también posee bellísimas abadías, una de las cuales puede ser considerada como excepcional en riquezas históricas y religiosas. Es precisamente la más próxima a la ciudad de Whitby, y actualmente situada en las amplias tierras de la propiedad de una familia inglesa de rancio abolengo e historia singular: los Cornwall-Lloyd, que en la actualidad, y probablemente durante los siglos venideros, seguirán siendo los únicos propietarios de esas tierras y de la vieja abadía actualmente casi en ruinas. Ya que los Cornwall-Lloyd tienen a gala no vender, ceder ni partir sus propiedades por ninguna razón ni pretexto… Y cuentan viejas historias y leyendas supersticiosas, que en la abadía de Whitby, en alguna ocasión, permaneció oculto el llamado Negro Libro del Horror, cuyas páginas, según viejas crónicas medievales, encierran toda la maléfica sabiduría de los alquimistas y hechiceros del pasado, llegando a decirse de ese misterioso libro, por boca de historiadores tan ilustres como *sir* Randolph Llewellyn y lord Francis Dunsham, que el tal libro existe en realidad, permanece celosamente oculto, y si un día llegara a ser abierto, de sus páginas surgiría el más terrible horror imaginado jamás… Por supuesto, ni este aserto puedo yo confirmarlo seriamente en estas páginas, ni mucho menos acepto tácitamente que el tal libro exista o haya existido jamás».

El hombre del bigote frondoso resopló de nuevo, dejando caer el volumen de tamaño de octavo a sus pies, sobre la alfombra. El mastín alzó su cabeza negra y poderosa, gruñó entre los afilados colmillos, capaces de desgarrar una garganta humana en simples segundos, y sus ojos, negros y centelleantes como dos cuentas de azabache, se fijaron en su amo para, después, lentamente, bajar hasta examinar el volumen caído. Un gruñido ronco partió de su

garganta, y obligó al hombre a ordenarle con acritud:

—Calla, «Storm». No gruñas. No me molestes ahora.

El animal dejó de gruñir. Bajó la cabeza, pesada y poderosa, y la apoyó entre sus estiradas patas peludas.

Su dueño parecía haber agotado el examen de viejos documentos y libros. Una decepción evidente se pintaba en su rostro anguloso y pálido. Había buscado una convicción, una seguridad que no encontró en modo alguno. Imaginó que había tirado un puñado de guineas por nada. Pero eso no parecía preocuparle grandemente. Poseía demasiado dinero para molestarse por el dispendio efectuado en la vieja librería y sala de antigüedades del oportunista Ismael Gorman, allá en Blackfriars.

Ahora, sus manos tomaron cansadamente el Times, doblado encima de la mesa, más allá de su copa de oporto. Tomó un sorbo. Luego, examinó la página de anuncios del periódico.

Tenía marcado con tinta roja el recuadro de un determinado anuncio en letras gruesas, indudablemente más caro que el resto de los anuncios publicados en la tradicional página primera del Times.

Lo leyó una vez más, y era ya la centésima que lo hacía en pocas horas. Parecía quererse grabar aquellas letras impresas en su propio cerebro:

> *Se vende la propiedad de la familia Cornwall-Lloyd, en Middlesbrough, Yorkshire. Cerca de Whitby. Tres mil quinientos acres de terrenos con fincas e instalaciones, caballerizas, la vieja abadía y el pequeño lago de las Brujas.*
>
> *Precio razonable. Trato a cerrar en Cornwall-Lloyd Manor. A todo comprador interesado, durante este mes y el próximo. Representante legad en Londres,*
> *Myers & Myers,*
> *abogados. Strand, Londres.*

El hombre del sillón de terciopelo rojo respiró profundamente. Se incorporó, tirando del cordón de llamada. Un criado silencioso y respetuoso apareció en la puerta poco después, manteniéndose erguido entre las cortinas verdes, que contrastaban con el rojo panocha de sus grandes patillas.

—¿Llamaba el señor? —preguntó, inclinándose.

—Sí, Cecil —afirmó el hombre del bigote frondoso, hundiendo sus manos en los bolsillos de su acolchada bata color granate oscuro, ribeteada de negro cordón de seda—. Prepara mi coche en cuanto te sea posible.

—¿Va a salir el señor? —preguntó el criado, sorprendido—. Es una mala tarde…

De la calle, llegó al interior de la casa el tamborileo sordo del trueno. La lluvia golpeaba con intensidad invariable sobre las vidrieras de la residencia londinense. Por alguna rendija se filtró un soplo de frío aire, y oscilaron las llamas de gas del alumbrado.

—No importa —declaró enérgicamente el caballero—. Salgo ahora, Cecil. No me asusta la tormenta. Tengo algo importante que hacer. Volveré para cenar, seguramente.

—Bien, señor. Dentro de diez minutos estará todo a punto —se retiró, respetuoso, el servidor.

Poco después, salía de la casa su amo, entre el estruendo de los truenos, tamborileando tumultuosamente en el negro cielo, sobre un Londres en el que la lluvia torrencial emborronaba el amarillento de las luces de gas, hasta difuminar en las calles brumosas los perfiles de edificios, personas y charolados carruajes de caballos sobre el negro, brillante empedrado de las calles de la capital.

El carruaje negro, tirado por dos caballos, emprendió el camino del Strand, para detenerse ante el edificio donde
Myers & Myers,
abogados, tenían sus oficinas.

Un hombre rico e importante, residente en Londres, estaba dispuesto a ir a Yorkshire, a comprar una vasta propiedad a una familia añeja y de raigambre aristocrática. Una propiedad en la que existían las ruinas de una abadía.

Y, tal vez, algo más…

Tal vez… el Negro Libro del Horror.

CAPÍTULO PRIMERO

VIAJEROS

—De modo que al fin venden…

—Sí, eso parece —suspiró el acompañante de Burne Cavendish, sentado frente a él en el compartimiento del vagón. Alzó sus ojos del Times Illustrated, y contempló fijamente al que hablara antes—. Siempre ocurre igual. Las grandes familias están en decadencia. Necesitan dinero, es evidente. Y cuando aprietan los problemas económicos, las grandes propiedades resultan difíciles de mantener…

—¿Supone que son… problemas económicos, los que inducen a los Cornwall-Lloyd a vender? —dudó Burne Cavendish, enarcando sus cejas con aire interrogativo.

—Habitualmente, ésas son las razones que conducen a nuestros clientes a vender —asintió el joven de macferlán gris, de mezclilla, acomodado en el asiento ferroviario, tapizado de color verde botella —. Pero concretamente en este caso, no podría asegurarlo, señor Cavendish. Por norma, esa clase de personas no acostumbran a revelar a sus abogados los secretos familiares más íntimos. Solamente exponen unas circunstancias, unos deseos… y nosotros, como representantes legales suyos, nos ocupamos de lo demás.

—Sí, supongo que no sería prudente extenderse en consideraciones. Como tampoco es por mi parte discreto hacer preguntas de ese tipo. Era simple curiosidad, señor… señor…

—Byrne —sonrió el joven viajero, inclinando su cabeza de largo cabello castaño. En el rostro enjuto y vivaz, brillaban inteligentes sus grises ojos—. Desmond Byrne, señor Cavendish. Soy el único miembro de
Myers & Myers

que no pertenece a la familia. Pero tanto Howard Myers como su hermano mayor, sordo y poco menos que inútil ya para la abogacía, Herbert, me consideran como uno de ellos. Quizá porque entré de escribiente con ellos cuando sólo contaba dieciocho años, y desde entonces estuve a su servicio, como pasante después y ahora como abogado de la firma.

—Es usted un abogado muy joven, señor Byrne —comentó Cavendish, pensativo.

—Empecé a estudiar Derecho siendo un muchacho. La experiencia hizo el resto, y facilitó el fin de mi carrera —se encogió de hombros Byrne—. De todos modos, puede decirse que en esta clase de asuntos no puede uno realmente demostrar su valía auténtica como abogado. Se trata simplemente de ajustar precios, extender documentos de venta, y cosas parecidas. Todo simple rutina, señor Cavendish.

—Adquirir las tierras de los Cornwall-Lloyd no es simple rutina, señor Byrne —protestó Cavendish vivamente—. Esas tierras fueron de la familia durante siglos. Por vez primera pueden pasar a otras manos, ¿se ha dado cuenta? Es… es como el fin de un imperio.

—El fin de un imperio… —sonrió suavemente el joven abogado, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Bueno, puede decirse que nuestra gloriosa época victoriana puede, también, ser el principio del fin para el propio imperio británico. Cuando menos, eso afirman los agoreros en la calle, en los clubs y en las páginas de algunos periódicos. Yo diría que todo imperio tiene su esplendor y su decadencia. Muchas grandes y viejas familias inglesas se ven obligadas a vender sus bienes. Es simple anécdota, créame.

—¿Anécdota? Podría ser algo más, señor Byrne. ¿Ha oído hablar de… de la vieja abadía?

—Oh, la abadía… La famosa abadía de Whitby… Sí, he oído hablar de ella. Figura en casi todos los temas históricos de nuestro país, y también en los libros de caballería. ¿Le interesa particularmente el arte arquitectónico, señor Cavendish?

—No. En absoluto.

—Entonces, no comprendo la razón de…

—¿Ha sabido alguna vez algo de… del Negro Libro del Horror?

Desmond Byrne contempló a su compañero de viaje, en aquel compartimiento de primera clase del ferrocarril que les conducía a

través de Inglaterra, hacia el Yorkshire. En su mirada gris, acerada y profunda, hubo como un destello burlón, acaso vagamente interesado.

—El Negro Libro del Horror… —repitió lentamente—. Sí, alguna vez leí esa leyenda.

—Puede que no sea una leyenda. Puede existir en alguna parte.

—Puede que exista. ¿Por qué le preocupa ese fantástico libro de alquimia y magia negra?

—No, por nada —resopló Cavendish, frunciendo el ceño e inclinando la cabeza—. Pero quien lo hallase podría ser una persona particularmente privilegiada.

—¿Usted cree?

—Estoy convencido de ello. No sólo por su valor intrínseco como antigüedad rara y única, sino… por lo que puede representar en sí.

—Si no recuerdo mal esa leyenda, no era nada agradable lo que ese libro representaba, señor Cavendish.

—Pero ¿se imagina a alguien, en posesión de la llave del Mal, en poder de la puerta que conduce a las sombras, pero también al conocimiento más profundo de todo cuanto el ser humano ha creado para dominar las fuerzas naturales e incluso las sobrenaturales?

—Resulta difícil aceptar que exista un libro semejante. Pero de existir… ¿imagina que podría hallarlo en… en la abadía de Whitby? —preguntó curiosamente el joven abogado.

—Es una posibilidad solamente —se encogió de hombros Cavendish, algo contrariado, como temeroso de haber hablado de más. Luego, esbozó una sonrisa forzada, para añadir, coa tono más voluble—: De todos modos, estamos hablando de simples hipótesis, como usted dijo. Lo importante, en sí, es adquirir esa propiedad. Ser el nuevo dueño de las tierras de los Cornwall-Lloyd, de York.

—No se ilusione demasiado pronto —suspiró Desmond Byrne, plegando cuidadosamente el periódico ilustrado, que depositó junto a sí, sobre el asiento del tren—. ¿Sabe en qué estado de conservación se halla realmente esa propiedad?

—No, pero imagino que ellos la habrán cuidado debidamente en estos últimos años, como se dice que siempre lo hicieron…

—Me temo que no sea así en absoluto, señor Cavendish. —Byrne

extrajo tabaco en bolsa, así como una pipa. Ofreció a su compañero de viaje, y éste se apresuró a llenar su pipa de cedro con un gesto de asentimiento. Luego, fue Byrne quien llenó su propia pipa, encendiendo ambas, antes de añadir lentamente—: Desde que el señor Cornwall-Lloyd murió, loco… nadie ha cuidado de esas tierras, donde ahora crecen brezos y plantas silvestres, y donde el abandono y la suciedad imperan por doquier… Lamento hablarle así, pero no conduciría a nada engañarle, por muy representantes legales que seamos de los Cornwall-Lloyd. Tenemos una carta escrita por el señor Flanders, en la que nos habla de todo ello detalladamente, lamentando que las cosas sean así. Pero se ve obligado previamente a poner los puntos sobre las íes. Así, ni nosotros ni el futuro cliente nos veríamos sorprendidos en nuestra buena fe en momento alguno.

—¿El señor Flanders? —preguntó Cavendish, sorprendido—. ¿Quién es él?

—El administrador y tutor de la familia Cornwall-Lloyd. Bueno, en realidad, del único miembro de la familia que queda con vida, y que es quien vende la propiedad ahora. El señor Nathaniel Flanders es quien, en nombre de esa persona, efectúa todos los trámites legales… dado que el último de los Cornwall-Lloyd… también sufre de locura. De muy grave locura…

La locomotora silbó en la noche. El tren aceleró su marcha, trepidando sobre las vías, a través de la oscura campiña inglesa.

* * *

El cubierto tintineó suavemente sobre el plato. Desmond Byrne retiró el plato de pescado con patatas al horno, y tomó un sorbo de la copa de vino, estudiando pensativo el exterior, a través de las ventanillas del vagón restaurante.

Las luces desfilaban velozmente en la oscuridad de la noche. El tren volvió a emitir su agudo silbido. Las luces fueron quedándose atrás. Byrne hizo un rápido cálculo mental antes de hablar:

—Leicester. Es la ciudad que acabamos de pasar… —comentó—. Este tren viaja endiabladamente de prisa, ¿no cree, señor Cavendish?

—¿Eh? —Se sobresaltó su compañero de mesa, al sentirse aludido—. ¿Decía usted…? Oh, perdóneme… Estaba totalmente

abstraído…

—Hablé de Leicester —sonrió Byrne—. Lo hemos pasado ya.

—Ah, es eso… Sí, supongo que llegaremos puntualmente a Middlesbrough mañana. ¿Hay medios de comunicación desde allí a Whitby?

—Los hay: carruajes de alquiler y una diligencia regular. El camino es malo, pero no demasiado largo. No habrá problemas en ese sentido, esté seguro.

—No sé por qué… ando preocupado últimamente… desde que usted me habló de ciertas cosas, amigo Byrne —confesó bruscamente Burne Cavendish. Y se detuvo, al acercarse el camarero del vagón-restaurante, y retirar los platos de pescado, supliéndolos por el jugoso rosbif con ensalada. Una botella de vino color rubí, suplió al blanco utilizado para el plato anterior.

Byrne cortó cuidadosamente la carne con su cuchillo. Se escurrió por el fondo del plato, color marfil, el jugo rojizo de su interior medio crudo. El joven derramó un poco de sal sobre el rosbif y lo probó.

—Delicioso —comentó, paladeando la carne—. Nunca he creído demasiado en la comida de los trenes. Deberé cambiar de idea desde ahora…

—No tengo mucho apetito. —Cavendish contempló su rosbif y, tras hacerle un corte, dejó caer tenedor y cuchillo sobre el plato, renunciando a seguir cenando—. Amigo Byrne, ¿qué habló usted sobre el último miembro de la familia Cornwall-Lloyd? ¿Dijo que… que también estaba loco, como su difunto padre?

—Sí, eso dije —le contempló, llevando el segundo trozo de carne a la boca—. ¿Tanto ha llegado a preocuparle eso?

—Sí, lo confieso. ¿Es hereditaria la demencia en esa familia?

—Lo ignoro, señor Cavendish —sonrió Byrne—. Lo cierto es que, pese a mi papel de abogado de los Cornwall-Lloyd en este asunto, es muy poco lo que sé sobre ellos y sobre su historia familiar. Mentiría si le dijera que me preocupan en exceso. Son unos clientes más, eso es todo. Su estado de salud, sus problemas personales, no pueden afectarme. Jamás les vi a ninguno de ellos, ni ellos a mí. El mayor de los Myers conoció al abuelo del último miembro de la familia. Yo, personalmente… ni siquiera conozco el nombre de este último. De él sólo sé lo que la carta escrita por Nathaniel Flanders

mencionaba literalmente: «… Y el último miembro de la familia, el hijo único que le vive al infortunado Henry Cornwall-Lloyd, muerto en un ataque de demencia, sufre igualmente de grave estado de locura, incurable, lo cual me obliga, como tutor y administrador suyo, a vender esta propiedad, para así, con el dinero que ello reporte, poder financiar su curación en un establecimiento adecuado, con los mejores médicos y tratamientos clínicos actuales…». Sí, señor Cavendish. Eso es todo lo que sé acerca del último, del único superviviente de los Cornwall-Lloyd… que obliga a la venta de sus tierras, al desmantelamiento, como usted decía, de un imperio familiar de siglos. Pero yo que usted, por mucho que sea su interés en esas tierras, no me obsesionaría por todo ello. No merece la pena. Si desea comprar y se aviene al precio con el señor Flanders, la venta se efectuará. Si no… no le servirá de gran cosa dar vueltas en su cabeza al asunto. Es sólo un consejo, naturalmente. Pero en este caso, usted es también en parte mi cliente, y me creo en la obligación de orientarle debidamente.

—Gracias, Byrne. Reconozco en lo que vale su lealtad para conmigo, sin traicionar a su anterior cliente. Sé que sólo busca mi tranquilidad, pero… no puedo evitarlo. Sueño desde hace años con algo. Y me creo ahora a punto de alcanzarlo. Imagino que puede estar cerca del lugar a donde vamos. Y me pregunto… me pregunto si puede tener influencia sobre los seres humanos que viven cerca de ello, si es posible que un influjo maléfico pueda… pueda influir en sus vidas, en sus dolencias…

—Ya veo a donde va a parar: la locura de los Cornwall-Lloyd. Y… el Libro Negro.

—¡Chist, por Dios! —Le rogó Cavendish vivamente, llevándose un dedo a los labios y mirando en torno con repentino terror—. Por el amor del Señor, Byrne, no hable tan alto… no pronuncie semejante nombre así, en voz alta…

—No nos oye nadie —sonrió Desmond, mirando en torno, a las restantes mesas del vagón—. Vea: todos comen, beben o charlan, sin preocuparse de nosotros. Y aunque fuera así, ¿imagina que alguien tiene la misma fe que usted en… en ese supuesto volumen que encierra todo el saber de nigromantes, alquimistas y súcubos? Personalmente, lo dudo mucho.

—Ya veo. Me toma también a mí por un loco. De diferente

especie que a los Cornwall-Lloyd, pero… loco, a fin de cuentas.

—Oh, no, por favor, amigo mío —rogó Desmond vivamente, alzando sus manos en ademán de protesta—. ¿Cómo podría llegar a pensar tal cosa sobre usted? Le considero una persona consciente y equilibrada que… que tiene una idea fija, una determinación firme, basada quizá en algo no muy concreto, pero sobre cuya existencia real tampoco me atrevería a pronunciarme. Aunque, personalmente, opine que el Mal está en todas partes. Y que no hace falta que se encierre en ningún libro, en forma de nada especial, puesto que puede estar ahora aquí mismo, entre nosotros… sin habernos dado siquiera cuenta de ello.

—Estoy de acuerdo con usted —se inclinó Cavendish sobre la mesa, y sus ojos brillaban vivamente, con un resplandor de indudable matiz fanático. Crispó sus manos sobre el mantel al continuar en un murmullo ronco—: Pero si las cosas fuesen como yo imagino, el Mal se podría hacer presente incluso… incluso ahora mismo, aquí… sólo para demostramos que estamos en el camino, que nos acercamos a «él»… y que quizá nos espera, ávido de que las hojas del libro se abran… para dar suelta a sus poderes diabólicos… ¿No podría suceder algo que confirmase cuanto digo, y que tal vez le convencería al más escéptico?

—Tal vez, Cavendish, pero… no ha sucedido —sonrió Desmond Byrne suavemente, tomando su copa de vino tinto. La llevó a los labios, añadiendo pensativo—. Y, desde luego, espero que nunca ocurra…

Se equivocó. De repente, ocurrió.

La copa bailoteó en su mano, derramándose el vino, oscuro como sangre, sobre el blanco mantel, la carne y la vajilla, e incluso sobre el chaleco color hueso del joven abogado. Un grito ronco brotó de labios de Cavendish, mortalmente pálido frente a él.

Luego, las luces del vagón temblaron, al tiempo que algo crujía violentamente. Osciló con intensidad el convoy, y luego todo se convulsionó, saltando cuerpos, vajillas y toda clase de objetos, en medio de un caos terrible, un estrépito exterior que destrozaba los vidrios del vagón, al tiempo que éste se arrugaba y rompía bruscamente, y una explosión tenía lugar allá fuera, sobre las vías.

La instalación de luces de gas sufrió un estallido súbito, y las mechas se extinguieron, envolviendo en tinieblas a los viajeros,

confundidos en un tropel confuso, doloroso, entre alaridos de terror, gritos y ayes de personas heridas, destrozos y caos.

El convoy saltó de las vías, los vagones se desgajaron, ladera abajo. La noche se llenó de fuego, de humo, de astillas y de sangre, cuando se produjo el terrible descarrilamiento.

CAPÍTULO II

EL HEREDERO

Las manos del hombre alto, vestido impecablemente de negro, cerraron la puerta de madera de roble tallado, y giró la llave en la cerradura, asegurándose de que el mueble quedaba así herméticamente cerrado.

Luego, se encaminó despacio al salón principal. En alguna parte de la casa, sonaban las notas de un clavicordio, emitiendo música religiosa. Sobre unos búcaros, había flores silvestres, en ramilletes multicolores, no muy bellos, pero sí fragantes y sencillos.

El hombre se acercó a un cordón colgado entre cortinajes espesos, de color grana oscuro. Tiró de él. En alguna parte de la amplia casona, tintineó una campanilla.

Poco más tarde, se presentaba un hombre de cabellos rizosos y fornida figura de labriego, aunque vestía de mayordomo, inclinándose ceremonioso ante quien le llamara.

—Dígame el señor —habló, obediente.

—Daniels, hace días que espero a unos caballeros que venían de Londres, cuyo telegrama obraba ya en mi poder, como sabes. Me temo que la demora en presentarse así, tenga signos trágicos, por desgracia para ellos… y para lo que conviene a esta casa.

—No le comprendo, señor… —habló Daniels con su tono respetuoso.

—Está clara la cosa, Daniels. Según me informaste, en Whitby se había recibido un informe telegráfico para el constable, hablando de un descarrilamiento ocurrido hace tres días en Leicester, a cosa de cinco millas de la ciudad… Se dijo entonces que hubo numerosos muertos y heridos en ese percance…

—Cierto, señor. El constable Harding explicaba a todos los que

querían oírle, los detalles relativos al suceso. Era espeluznante, por lo visto…

—Por desgracia, es posible que nuestros visitantes de Londres figuren entre la lista de personas fallecidas en ese siniestro. O, cuando menos, lo bastante malheridas como para no poder continuar viaje hasta el Yorkshire, como sería su propósito…

—Sería algo muy lamentable, señor —manifestó ambiguamente Daniels.

—Más de lo que imaginas —murmuró entre dientes Flanders con gesto de disgusto—. Ese caballero de Londres parecía decidido a efectuar la compra. El telegrama de
Myers & Myers
era bastante optimista en ese sentido. Y ahora… vuelta a empezar. Pueden pasar meses enteros sin que llegue otra ocasión favorable. De cualquier modo, Daniels, necesito saber concretamente algo al respecto. Para eso te he llamado. Ve al pueblo, y solicita del constable toda la información posible respecto a ese descarrilamiento. Telegrafía a Leicester, y que te confirmen sí un tal Burne Cavendish, dé Londres, figura entre las víctimas. Creo que le acompañaba un joven abogado, al servicio de los Myers, pero ignoro su nombre exacto.

—Sí, señor. Haré cuanto dice. Espero que el constable pueda ayudarme en todo ello, ya que no conocemos a nadie en Leicester. Él podría pedir esos datos a la policía local, sin duda.

—Arréglatelas como puedas, Daniels, pero hazlo pronto. Necesito saber si aún puedo confiar en la llegada de ese comprador, No puedo continuar esperando por mucho tiempo.

El sirviente se retiró con una inclinación respetuosa. Nathaniel Flanders se quedó nuevamente solo en la amplia estancia de la mansión. Paseó, preocupado, en dirección al gran ventanal de vidrios emplomados, que asomaba al claro posterior, donde se hallaban los patios de caballerizas, y el sendero de acceso a las propiedades de los Cornwall-Lloyd. Grandes prados, de vegetación raquítica y descuidada, se veían limitados por distantes bosquecillos, cerca ya de los pantanos. Allá, en lo alto de una colina grisácea, entre neblinas matinales, eran visibles el árbol y la abadía.

El árbol y la abadía.

Los ojos pensativos, muy azules y fríos, de Nathaniel Flanders, se

fijaron en aquellas dos siluetas recortadas en gris oscuro contra la bruma matinal. Un viejo, retorcido y sarmentoso árbol lleno de años, de siglos quizá. De escasa hojarasca, de ramas secas y nudosas, de recio tronco crispado. Y junto a él, a no mayor distancia de unas cincuenta yardas, las paredes ruinosas de la abadía de Whitby, situada dentro de las propiedades de los Cornwall-Lloyd de York.

Estaba habituado a contemplar aquel paraje. Sus ojos no revelaron emoción alguna. Su gesto, sólo odio. Un odio profundo e infinito hacia todo cuanto le rodeaba. Era evidente que detestaba el lugar. O, cuando menos, algo de lo que representaba o era aquel lugar para él.

Impaciente, tabaleó con una mano en los vidrios de color caramelo que bordeaban la cristalera transparente. Allá, en alguna parte de la casa, seguía, insistente, el clavicordio, interpretando ahora una pieza de Juan Sebastián Bach. Sus notas profundas tenían una especie de rara grandiosidad que hacían parecer, a veces, que la casa toda fuese un templo, una iglesia o un convento.

—Oh, ese maldito instrumento… —jadeó con disgusto, apretando sus delgados labios, iracundo—. ¿Cuándo se cansará de tocar, por todos los diablos? Llega a ser irritante, casi me exaspera…

—Debe calmarse, señor Flanders. Después de todo… ya queda poco para que tenga que soportarlo, ¿no es cierto?

La voz había sonado, inesperada y suave, a sus espaldas, Se volvió, sobresaltado. Miro a la mujer que había entrado, con pasos silenciosos en la amplia estancia de la planta baja.

—Oh, casi me asusta usted, señorita Lawson —murmuró entre dientes, con aspereza—. Siempre camina tan silenciosamente… Parece un fantasma.

Ella sonrió. Sus labios eran rojos y carnosos. Sus ojos, profundamente pardos y maliciosos. Vestía un traje gris claro, muy ceñido en su torso prominente, y amplia falda sobre sus caderas acentuadas. Era de cabellos rubio claros, y de tez pálida, aunque de saludable color en las mejillas. Sobre su pecho pendía una cruz de plata que oscilaba según caminaba, bailoteando de un seno a otro, al extremo de su gruesa cadena de igual metal.

—Acostumbro a pisar siempre de ese modo, usted lo sabe —dijo

con indiferencia—. ¿Preocupado, señor Flanders?

—Sí. Muy preocupado —asintió él, bajando la cabeza, fruncido su ceño.

—¿Por… los compradores que no llegan?

—Por todo, señorita Lawson. Por todo —escucharon ambos, en silencio, las notas majestuosas del clavicordio—. Y especialmente… por eso.

—Ya —suspiró ella, mirando al suelo alfombrado, como si en los arabescos de éste hubiera una respuesta a algo—. Yo también soy impaciente. Pero procuro disimularlo mejor.

—Usted no lleva en Cornwall Manor tanto tiempo como llevo yo. En esta casa, hasta los nervios más templados terminan por alterarse, créame.

—Sí, señor Flanders. Si usted lo dice, así debe ser… —Hizo una corta pausa, con la mirada fija en el caballero que paseaba, inquieto, por la estancia—. Venía a recordarle que es la hora… de la medicina. Tendrá que ayudarme, señor. Como siempre…

—¿La medicina? —Parecía distraído Nathaniel Flanders. Al fin asintió—. Oh, sí, claro. Vamos ya, señorita Lawson. Vamos…

—Daniels se encaminó a su aposento, a cambiarse para salir —explicó apaciblemente la dama rubia, de indumentaria gris—. Y la señora Turner ha salido a comprar algo, camino de Whitby…

—¿Eso quiere decir que estamos solos en esta ala de la casa, en estos momentos? —preguntó fríamente Flanders.

—Exactamente —una rara, turbia sonrisa, afloró a los labios jugosos de la señorita Lawson.

—Hazel… —susurró con inesperada pasión Nathaniel Flanders.

—Nathan… —jadeó ella, mirándole con ojos entornados y boca entreabierta.

Se fundieron en un abrazo apasionado. Sus bocas se encontraron. Las manos de Nathaniel Flanders, oprimían y acariciaban aquel cuerpo contra sí, frenéticamente casi.

Fue ella la que se desasió bruscamente, tratando de mantener su compostura. Arregló unos cabellos que se habían desprendido, en revuelto mechón, y contempló al jadeante Flanders.

—Dejemos esto ahora, Nathan. No es el momento —susurró—. Es la hora de la medicina, recuerda. Y eso sí que no podemos dejarlo para más tarde…

Él se dominó difícilmente, con ojos encendidos como brasas. Respirando entrecortadamente, terminó por asentir, dominando sus pasiones desatadas. Volvió a ser el frío y hermético caballero de antes.

—Cierto —musitó—. La medicina no puede aplazarse. Vamos, señorita Flanders. Ambos tenemos una tarea que cumplir, por encima de todo. Usted… como enfermera. Y yo, como tutor y administrador de… del último de los Cornwall-Lloyd.

El clavicordio seguía sonando, llenando la casa de notas solemnes. Flanders y la enfermera Hazel Lawson, se encaminaron a la planta alta, por la suntuosa escalera de madera lustrosa.

Unos momentos más tarde, se rompía una nota en el clavicordio. Y unos gritos agudos, desgarradores, desesperados, invadían la casa, substituyendo patéticamente a la música religiosa de poco antes…

* * *

—Ha sido una suerte extraordinaria, en medio de todo. Pero sigo pensando que no tuvimos demasiada fortuna en nuestro viaje… —suspiró Desmond Byrne, paseando por la vieja oficina, de muebles de oscura madera noble, en la que la luz del día entraba muy tamizada por las altas vidrieras, algo polvorientas, la verdad, que asomaban al Strand londinense. Más allá, el día invernal era gris y triste, de un profundo color plomizo.

El muy honorable señor Myers se encogió de hombros, tras su escribanía de nogal tallado. La pluma rasgueaba vivamente sobre los documentos extendidos ante sí.

—Pudieron haberse matado ambos, como tantos otros viajeros de ese tren… —resopló el viejo abogado—. Quince fueron las víctimas mortales. Y treinta los heridos, de los cuales, ni usted ni el señor Cavendish resultaron particularmente graves. Dentro de unas semanas, ambos estarán como nuevos. Igual que si nada hubiera sucedido. Debe darse por satisfecho con ello, amigo Byrne, y no andar lamentándose todo el día por ello.

—No me lamento. Me irrita no haber cumplido mi tarea adecuadamente.

—Amigo mío, yo le envié a usted para acompañar y asesorar al señor Cavendish, a la vez que a velar por los intereses de nuestro cliente en Whitby. Nadie puede prever que un tren va a descarrilar

o que un buque va a irse a pique.

—Yo, casi pude preverlo —musitó Byrne con repentina gravedad —. Y creo que él también.

—¿Qué está diciendo? —Levantó su cabeza Myers de entre los papeles, perplejo, arrugando su hirsuto ceño.

—No, nada —suspiró el joven abogado. Se contempló el brazo izquierdo en cabestrillo, colgando de aquella tela oscura, sobre su levita. Sacudió luego la cabeza—. Yo, de todos modos, hubiera continuado viaje hasta Whitby. Fue el señor Cavendish el más perjudicado, con su pierna rota… Él tardará bastante más que yo en valerse por sí mismo, estoy seguro…

—Mi querido amigo, seguramente cuando el señor Cavendish haya dejado de tener inmovilizada su pierna por la escayola, ya se le habrán quitado todas las ganas de comprar Cornwall Manor, y…

Tintineó la campanilla de la puerta de entrada al despacho. Un joven pasante penetró, entregando un despacho telegráfico a Myers.

—Acaba de llegar, señor Myers. Y tenía sobretasa de entrega urgente —dijo el pasante.

Myers enarcó las frondosas cejas, con gesto mefistofélico. Tomó el telegrama, refunfuñó algo y lo abrió, leyendo su contenido. Soltó una breve risita y tiró el documento a la mano ilesa de su joven socio, Desmond Byrne.

—¿Con que tardaría más tiempo que usted en valerse por sí mismo, eh, Byrne? —comentó entre dientes, con sarcasmo.

Sorprendido, Desmond leyó el texto telegrafiado desde Chatham, muy cerca de Londres, y asomado al mar del Norte:

> «Siguiendo interesado más que nunca en adquirir propiedades en Whitby, me es grato informarles viajaré a York en carruaje propio, rogando me acompañe de nuevo el señor Byrne o cualquier otro asesor legal suyo. Mañana estaré en Londres para iniciar el viaje. Saludos: Burne Cavendish».

—Ese obstinado personaje… —refunfuñó Byrne—. Viajar con una pierna rota, con el cuerpo magullado… ¡y en un carruaje! Será un viaje infernal. No le envidio semejante desplazamiento, la verdad…

—No tiene motivo para ello, mi querido Byrne —rió suavemente el viejo Myers—. Va a ser usted quien acompañe al señor Cavendish en ese viaje…

—¡Yo! —Protestó vivamente Desmond—. Pero señor Myers, un manco, un cojo… Dos lisiados mal podrían valerse en… en semejante viaje. Lamentándolo mucho, renuncio a tal tarea.

—Byrne, usted nunca rechazó una obligación suya —se irritó Myers.

—Lo siento. Esta vez, debo hacerlo. Ya que mi brazo sufrió esa fractura que me aleja del trabajo por un tiempo, he aprovechado estas fechas para hacer ciertos planes… y ésos no admiten ya demora alguna. Lo lamento, señor Myers. No me es posible ir. Busque a otro abogado de la firma, para ello.

—Está bien —refunfuñó Myers—. Vincent será quien escolte al señor Cavendish esta vez. Pero creo saber que su brazo herido no es motivo para negarse a viajar. Sin duda, han decidido usted y la señorita Spencer, celebrar matrimonio en estas fechas, ¿me equivoco?

—Usted es muy observador, señor Myers. Sí, ésa es la verdad. No podría ahora aplazar de nuevo la boda. Karin no lo entendería. ¿Cómo diablos iba yo a saber que ese cabezota de Cavendish sigue con su empeño entre ceja y ceja, pese al accidente ferroviario que estuvo a punto de costamos la vida? Yo que él, jamás volvería a pensar en esa maldita propiedad de Whitby.

—¡Byrne! ¿De qué está hablando? Un accidente de tren no es motivo para que alguien renuncie a hacer una compra…

—Cuando ese accidente ha sido pronosticado unos momentos antes, como si se supiera que tenía que suceder, y cuando otra persona, en este caso yo mismo, ha rechazado eso como imposible… y luego ha sucedido… es que algo oscuro se oculta tras todo ello. Oscuro… y no natural.

—¿Cómo? Byrne, no pretenderá hacerme creer, precisamente usted, un joven inteligente, con sentido práctico y equilibrada razón, que existen… que existen cosas que no sean perfectamente naturales y lógicas…

—Le digo, simplemente, lo que ocurrió. Si usted lo encuentra natural o lógico, señor Myers es que no sé lo que estoy hablando. Pero personalmente, prefiero casarme en estas fechas, que

emprender otro viaje a Whitby con el señor Cavendish.

—Muy bien, Byrne. Encuentro razonables sus argumentos. No voy a obligarle a algo que le repugna, y más teniendo un brazo inutilizado… y una jovencita encantadora que le espera. Ya resolveremos este asunto por nosotros mismos. Le deseo mucha suerte en su nueva vida de casado, muchacho. Notifíquenos la fecha de la boda, para concederle a partir de ella unas semanas de vacaciones.

—Gracias, señor Myers. Así lo haré. Ha sido muy comprensivo y amable conmigo.

—Bah, tonterías, tonterías —el viejo letrado agitó su mano, provista de la pluma con que escribía en sus documentos legales—. Vamos, vamos, puede irse a su casa, muchacho. Y deje de pensar en esas tonterías de premoniciones y hechos anormales. En este mundo, todo tiene su explicación racional, no lo dude. Incluso un simple accidente ferroviario…

—Me gustaría pensar como usted —dijo gravemente Byrne—. Pero no puedo. No ahora. Confío en que mi boda, ahuyente de mí esas extrañas ideas que me han asaltado últimamente… si es que llego a casarme.

Myers se quedó sorprendido, mirándole. Enarcó sus cejas de nuevo, con perplejidad. A su vez, Desmond Byrne notó algo helado en su ser, como si una garra invisible aferrase su corazón y presionara luego su cerebro.

—¿Qué ha dicho? —masculló el viejo abogado.

—No sé, señor Myers… —jadeó Desmond, tragando saliva—. Lo cierto es que no quise decir eso. Fue…'fue como si algo o alguien me impulsara a decir algo que yo no pretendía decir. No… no entiendo qué sucedió. Naturalmente, quiero casarme con Karin. Y estoy seguro de lograrlo, conforme a lo previsto. Sí, estoy seguro.

Y salió bruscamente del despacho de
Myers & Myers,
sonando tras él la campanilla con energía…

* * *

El retrato de Karin le contemplaba con dulces ojos azules, desde el óvalo enmarcado en plata, sobre la repisa de la chimenea de mármol tradicional.

Desmond sonrió, lanzándole un beso con la punta de los dedos a la imagen de su prometida. Luego, paseó por el gabinete, a la espera de ser recibido.

Había tomado su decisión. Ni Karin misma sabía que estuviera dispuesto a casarse con ella esa misma semana. Habían aplazado tantas veces sus proyectos de boda, que ella empezaba a despreocuparse un poco de todo ello, a la espera de que Desmond tomara una decisión definitiva. Era una encantadora muchacha que comprendía y disculpaba las numerosas ocupaciones de su novio, como abogado más joven y activo de la firma. Decía frecuentemente, con su dulce voz, profunda y cálida:

—Tu carrera es ante todo, Desmond. Nunca se deben precipitar los acontecimientos. Primero debes de crearte un nombre, un prestigio como abogado. Luego podremos formar nuestro hogar. Siempre he pensado que para que un árbol crezca derecho, sin torcerse, las raíces han de ser firmes, sólidamente aferradas a la tierra.

Así pensaba Karin. Pero ahora, de cualquier modo, estaba seguro de que iba a llevarse una alegría. No podía esperar en modo alguno que Desmond se decidiera. Y, sin embargo, eso es lo que había sucedido. Tras su ausencia de dos semanas, en un hospital de Leicester, recuperándose de la conmoción, magulladuras y heridas del accidente ferroviario que interrumpiera su viaje a Yorkshire, había vuelto con diferentes ideas al respecto. Y hoy, el primer día que podía visitar a Karin, tras su forzada ausencia, el primer día en que estaba de regreso en Londres, iba a exponerle a ella su firme decisión.

La doncella había salido a abrirle, Le pidió que esperase, con un gesto algo seco, como si también ella le reprochara interiormente algo. La espera se prolongaba más de lo previsto. Quizá Karin quería acicalarse un poco para recibirle, pensó Byrne, sonriente, conociendo el modo de ser de las mujeres.

Le sorprendió oír la voz de Susan, la hermana mayor de Karin:

—Desmond, qué sorpresa verte hoy aquí…

Se volvió. Susan, con sus canas prematuras en las sienes, era tan bella como Karin, pero mucho menos llamativa. Seria, reflexiva y llena de serenidad. Sus ojos eran de un azul más oscuro, y el rubio de su melena también tenía un tono más apagado.

—Susan, me alegra mucho verte de nuevo —fue hacia ella Desmond—. Por un momento, creí que ya no vería a nadie más…

—Sí, el señor Myers nos informó de todo, pero ya cuando hacía días que estabas fuera, hospitalizado, imagino.

—Todo este tiempo estuve en Leicester, recuperándome de mis lesiones. Hubo mala fortuna en el viaje, pero pudo ser peor. Anoche llegué a Londres en un carruaje. El médico me prohibió salir de casa hasta hoy. Y lo primero que hice, tras pasar por la oficina, fue venir a ver a Karin…

—Oh, claro. A Karin… —suspiró Susan. Y, de repente, a Desmond le pareció extrañamente turbada y como confusa ante sus palabras—. Karin… Lástima que ella… que ella no esté ahora aquí, para recibirte, Desmond…

—¿No está? —Byrne la miró, sorprendido—. Bien, esperaré. O volveré esta tarde, si va a tardar mucho. ¿Acaso ha ido de compras, a alguna reunión social o…?

—Oh, Desmond, resulta difícil de explicar —murmuró Susan bruscamente—. Creo que será mejor que… que ella misma te lo cuente. Toma. Me dejó esto para ti. Para el día que regresaras…

Le tendió súbitamente algo que había extraído de su crujiente vestido oscuro. Un sobre cerrado, color cremoso.

Intrigado, Desmond tomó aquel sobre. Contenía algo, y estaba cerrado. Pesaba. Era más que papel. Enarcó las cejas, mirando a Susan sin entender. Ella estaba muy pálida, muy violenta.

—No entiendo… —murmuró el joven abogado—. ¿Qué sucede aquí, Susan?

—Lee, te lo ruego —pidió ella—. Me ahorrará muchas dificultades, Desmond…

Desmond no se hizo repetir la indicación. Rasgó el sobre. Conocía su papel grumoso, de suave tacto y leve aroma inconfundible: el servicio de escribir habitual en Karin.

De entre la hoja doblada que contenía, escapó algo al suelo. Se inclinó a recogerlo. Lo tomó entre sus dedos, con enorme sorpresa. Era un anillo. Un anillo de oro con dos diamantes y una esmeralda.

El anillo de compromiso. Su regalo.

—Susan… —comenzó, mirándola a ella vivamente.

—Por favor… —suplicó la hermana—. Lee, Desmond. Te lo ruego…

Bajó de nuevo la vista hacia el papel que temblaba entre sus dedos ligeramente. También el anillo estaba en esa mano, dada la inutilidad de su zurda. Leyó, sin salir de su creciente asombro:

«Desmond querido:

»Todo esto va a serte muy doloroso. Pero es necesario. No creo que soportaras el hecho de que yo amase a otro y te lo ocultara.

»Ha sucedido durante tu ausencia. Le conocí a él. Nunca pude imaginar algo parecido. Me enamoré súbita, profundamente. Supe que no me sería posible vivir sin él.

»Y cuando él me ha pedido que le acompañe a donde vive… lo he hecho, Desmond. Perdóname. Es mejor así. Resulta cruel, pero inevitable. Otra cosa, sería una traición, un vil engaño. Te devuelvo tu anillo. Y tu palabra. Seré la esposa de él, no la tuya. No nos busques. No trates de verme. Sería completamente inútil, puedes creerlo.

»Adiós, Desmond. Gracias por todo. Y perdona. Voy a ser muy feliz, lo sé. Si realmente me amas, espero que eso te sirva de consuelo.

»Tu:

»Karin».

El papel cayó de las manos de Desmond. Musitó para sí, roncamente, estremecido, muy pálido su rostro joven, atractivo y viril:

—Dios mío. ¿Quién podía esperar algo así, Susan? Y, sin embargo… yo lo sabía.

—¿Qué? —Parpadeó ella.

—Lo sabía. Lo supe hoy, esta mañana… como si alguien me lo susurrase al oído. Sabía que nunca me casaría con Karin…

Y de sus dedos, rodó de nuevo el anillo, perdiéndose sobre la madera lustrosa del gabinete de las hermanas Spencer…

CAPÍTULO III

YORKSHIRE

Susan dejó su taza de té sobre la mesa. Se limpió cuidadosamente los labios con la servilleta. Luego, contempló con profunda expresión a su acompañante.

—¿Qué quieres saber exactamente, Desmond? —preguntó.

—La verdad. Lo más posible sobre la verdad, Susan —pidió Byrne secamente, sin haber tocado aún su taza de té.

—La verdad… Es difícil hacerlo, cuando una misma no sabe cuál es esa verdad. Creí que su carta te bastaría. ¿Por qué indagar más, si no merece ya la pena? Ella eligió, ¿no es cierto? Puede resultar doloroso, pero ha de aceptarse.

—Yo lo acepto, Susan. Sólo quisiera saber cómo sucedió. ¿No crees que tengo cierto derecho a ello?

—Sí, por supuesto —admitió la hermana mayor de Karin—. Tienes todo el derecho, Desmond. Imagino lo que estarás pasando, lo que pensarás de…

—Dejemos eso. No hace al caso. Háblame de ella, mejor. ¿Qué pensaba ella? ¿Cómo sucedió?

—Como suceden estas cosas. Conoció a un joven en el teatro, durante una representación de *ballet*. Luego, volvió a encontrarlo en la fiesta social de los Cavanaugh. Bailaron. Él la acompañó a pasear, la trajo a casa… Al otro día, salieron de nuevo. Era cuando tú estabas ausente. Karin ni siquiera sabía dónde. Yo tampoco. Lo cierto es que supe que estabas en Leicester, internado en un hospital, cuando Myers me informó de tu telegrama. Para entonces, Karin ya no estaba. Se había ido… con él.

—¿Tan rápidamente? ¿Cuántos días transcurrieron entre el momento de conocerse y… y su marcha, Susan?

—Exactamente cinco días, Desmond.

—¡Cinco días! ¡En sólo cinco días, Karin se enamora de otro hombre, rompe conmigo y sigue a ese desconocido, sin pensarlo más! ¿Eso tiene sentido, Susan?

—Muchas cosas de las que hacemos las mujeres no tienen sentido. Pero las hacemos.

—Susan, recuerdo lo que ella ha dicho a veces: «Un árbol sólo crece vertical cuando sus raíces están firmemente asentadas en tierra». ¿Crees que alguien que habla de ese modo, actuaría como… como una chiquilla o una colegiala mal educada?

—El amor cambia muchas cosas. Incluso el modo de ser.

—¡El amor! —Se exasperó Desmond—. ¿Qué amor? ¿El que se puede sentir por un desconocido, en sólo cinco días?

—Un minuto puede bastar. Karin cambió mucho al conocerle a él. Estaba como… como extasiada. No cesaba de hablar de él. Mencionaba su arrogancia, su belleza varonil, su apostura, su turbador encanto, su poder de seducción, su elegancia y distinción aristocráticas…

—Y supongo que tú, como mujer, estarías de acuerdo con tu hermana —señaló Desmond con sarcasmo.

—Te equivocas, Desmond. Yo nunca vi a ese hombre.

—¿Que no le viste nunca? —Se asombró Byrne—. ¿Cómo es eso posible? ¿No la acompañó a casa, no salían juntos?

—Sí. Pero eso siempre sucedió cuando yo no estaba en casa, cuando tenía algún sitio a donde ir o había algo por hacer. Un día estuve a punto de conocerle, pero cuando asomé a la ventana, su carruaje se alejaba, tras dejar a Karin en la puerta. Vi solamente su mano enguantada, agitándose en despedida por el hueco de la portezuela.

—Esto no tiene sentido, Susan. ¿Ni siquiera sabes su nombre, su residencia, el lugar donde poderlo hallar alguna vez, donde sepa yo que se encuentra Karin, feliz o no?

—Sí. Conozco su nombre, Karin me lo citó en una ocasión: Hamilton. Hamilton Prentiss, para ser exactos. Pero eso fue todo. Sé que residía fuera de Londres, que estaba aquí para resolver simplemente unos asuntos. Sin embargo, Karin no me dijo dónde residía, adonde se fue con él ese día…

—Entiendo. Y se fue con él… sin haberse celebrado aún la

boda…

—Eso es. El caballero quería presentarle previamente a su madre. Luego, celebrar la ceremonia en familia, en la capilla de su mansión… Dijo que me telegrafiarían para que acudiese como madrina de boda…

—No creo que lo hagan, Susan —cortó secamente Desmond, poniéndose en pie. Su brazo inmóvil golpeó la mesita, haciendo oscilar las tazas de té—. No lo harán. Nunca verás a Karin. Ni yo tampoco.

—¡Desmond! —Se horrorizó Susan, incorporándose también—. Hablas de… de un modo horrible. Como si ella estuviera muerta, o poco menos.

—Perdona —jadeó Byrne, cubriéndose los ojos con una mano estremecida—. Creo que no puedo expresarme muy correctamente. Estoy… estoy alterado. Quizá deba irme ya.

—Sí, Desmond. Ve a casa y tranquilízate. —Susan puso una mano en el brazo de quien hubiera sido su cuñado, de transcurrir todo normalmente—. Será mejor que vuelvas más adelante, cuando todos nos hayamos serenado un poco…

Byrne salió de la casa. Subió a un carruaje de alquiler. Iba a dar la dirección de su domicilio en Londres, cuando cambió de idea. Se inclinó hacia adelante.

—Cochero —dijo—. Lléveme a la Biblioteca Pública, por favor.

—Sí, señor —afirmó el conductor del carruaje, emprendiendo la marcha por el empedrado de la capital, en la fría mañana brumosa que, de repente, para Desmond Byrne, resultaba más fría y gris que nunca.

* * *

Había sido una profunda decepción.

Nada sobre los Hamilton Prentiss en el Tratado de Familias de Gran Bretaña. Nada en ningún volumen alusivo a las personas capaces de poseer mansiones con capilla propia y, por ende, una considerable fortuna. Nada en el Anuario. Nada en ninguna parte.

Pero Desmond Byrne difícilmente se daba por vencido. Era un hombre de lucha, duro y obstinado. Desde la Biblioteca, se encaminó al Hotel Excélsior. Fue el primero de una larga sucesión de grandes hoteles recorridos. Los mejores de la capital, uno por

uno. En el Hotel Savoy, del Strand, no muy lejos de las oficinas de Myers & Myers, localizó el dato que buscaba.

—¿Hamilton Prentiss? —El conserje asintió, tras consultar el libro-registro hotelero. Miró al visitante—. Sí, señor. Se alojó aquí. Eso fue la semana pasada.

—Exacto. Es la persona que buscaba. Me urge mucho ponerme en contacto con él. Es un asunto importante para ambos. Imagino que dejaría anotado ahí su punto de origen…

—Señor, no podemos dar información de ese tipo a nadie —se excusó al conserje—. Es confidencial por completo, y el hotel nos prohíbe…

—Escuche: soy Desmond Byrne, abogado de Myers & Myers —mostró su credencial—. Estamos trabajando precisamente para otros miembros de la familia Prentiss, que precisan localizar al caballero Hamilton, dado que es el heredero de una fortuna considerable, al haber fallecido un familiar residente en las Colonias, concretamente en Bengala. Nos urge dar con él, porque los albaceas dispondrían de esa fortuna para usos benéficos, si el caballero Hamilton no apareciese en el plazo de un mes… Son las condiciones del testamento, ¿comprende?

—Sí, comprendo, señor —las dudas del conserje se disolvieron de pronto—. Por el hecho de ser usted abogado y trabajar para Myers & Myers, que llevan los asuntos legales de este hotel, le daré la información que precisa. Supongo que no le importará que informe de ello a mis superiores, para eludir responsabilidades…

—Por supuesto. Puede hacerlo tranquilamente. La firma responderá de mis diligencias.

—Gracias, señor. Bien, aquí tiene el registro del señor Prentiss —le mostraron la página donde escribiera su firma y su punto de origen el viajero—. Estuvo en el hotel desde el día once de febrero, hasta el diecisiete, exactamente…

—Sí, ya veo. —Byrne comprobó que la letra angulosa y rígida del firmante, revelaba un carácter duro y enérgico. Su trazo era culto, educado, sensible. Tenía algo de frialdad, de ausencia de emociones, si Desmond interpretaba bien aquella grafología.

Luego, sus ojos se clavaron en el punto de origen de aquel caballero misterioso, el que le había arrebatado la novia, llevándosela consigo.

El nombre era concreto, claramente escrito. Sin lugar a dudas:

WHITBY, Yorkshire

* * *

—Yorkshire… De modo que ha resuelto volver allá, pese a todo, mi querido Desmond.

—Sí, señor —afirmó fríamente Byrne, sin expresar nada en su semblante.

—Bien, por mi parte encantado —suspiró Burne Cavendish, acomodado en una butaca de la oficina legal, con su pierna extendida, rígida e inmóvil—. Conozco ya al señor Byrne y me complace su compañía. Espero que esta vez tengamos más fortuna en el viaje.

—Yo también lo espero —el viejo abogado Myers arrugó el ceño, mirando de soslayo a su joven colega—. Lo que me sorprende, Desmond, es que haya cambiado tan bruscamente de decisión.

—Digamos que existen nuevas razones para que yo desee ahora viajar, señor Myers —suspiró Byrne—. Me gustaría hacer ese viaje con el señor Cavendish, sinceramente.

—¿Y… su boda?

—Aplazada. Lo hemos creído preferible Karin y yo.

—Está bien. Es su decisión, no la mía. No pondré obstáculos a sus nuevas intenciones. A fin de cuentas, confío más en usted que en Vincent para un asunto importante, donde se maneje dinero abundante, como es éste, y donde los clientes sean tan extraños como los Cornwall-Lloyd. Por mi parte, pueden emprender viaje cuando gusten.

—Hoy mismo —aseguró rotundamente Cavendish, mordiéndose el labio inferior con impaciencia. Estaba más pálido, más delgado, y su rostro no aparecía bien rasurado. Pero sus ojos seguían ardiendo como carbones encendidos, igual que si le moviera una fiebre inextinguible—. No quiero perder más tiempo inmovilizado en una silla.

—El viaje va a resultarle muy penoso así —señaló Byrne.

—No me importa. Cecil, mi criado, nos acompañará a ambos esta vez, como cochero y ayudante mío. «Storm», mi perro, aguarda en la antesala. Es dócil conmigo, pero terriblemente hostil con los desconocidos que puedan suponer un riesgo. Será también una buena escolta para ambos, amigo Byrne.

—Habla usted como si esta vez, en lugar de un accidente de viaje, temiese ser atacado… por alguien —apuntó Desmond, mirándole fijamente.

—Bueno, es un riesgo que cabe más en los caminos que en la vía férrea, Byrne —rió entre dientes Cavendish—. Inglaterra dista mucho de ser un país seguro en nuestros días, digan lo que digan nuestros gobernantes…

Parecía convincente su razón. Sin embargo, Desmond se dijo que había algo más en los pensamientos de su compañero de viaje. Algo que no se decidía a exponer en voz alta, pero que prestaba una singular sombra de preocupación a su rostro macilento.

—En ese caso, enviaré un nuevo telegrama a Cornwall Manor ahora mismo —dijo el viejo Myers, con un resoplido, comenzando a trazar letras irregulares con su pluma de ave, sobre un papel—. No creo que hayan vendido todavía. Sus últimas noticias eran de impaciencia, por el fallido viaje de ustedes. Espero que este mensaje de ahora sirva para tranquilizar al heredero último de los Cornwall-Lloyd… y también a su tutor y administrador, el muy impaciente señor Flanders…

* * *

Ignoraba si Cecil era un buen criado. Cuando menos, sí era un buen conductor de carruajes. Además, eran cuatro los caballos de tiro del vehículo, y devoraban millas como galgos.

Dentro del carruaje, ellos dos y el perro «Storm», con su temible pinta de mastín a los pies del amo, gruñendo sordamente cada vez que se cruzaban con algún jinete o carruaje, habían emprendido su viaje al norte, dejando ya atrás las edificaciones, prados y bosquecillos de Hertford.

El camino era relativamente llano, la luz del día, aunque nubosa y triste, era muy clara al inicio de la tarde, y el viaje parecía transcurrir, aunque más lento y fatigoso, por mejores cauces que el anterior, en el ferrocarril hacia Middlesbrough.

Desmond Byrne permanecía pensativo, la mirada fija en el vacío, allá en el paisaje, que desfilaba frente a sus ojos, al otro lado de la ventanilla del carruaje. Pensaba en muchas cosas, y muy pocas realmente agradables. Todo lo que pasaba por su mente, giraba en torno a Karin, en torno a tantas y tañías cosas inexplicables que habían sucedido últimamente en Londres. Especialmente, aquel brusco cambio de ella, aquella súbita y extraña pasión amorosa por un perfecto desconocido, fuese lo atractivo que fuese, fuere cual fuere su personalidad y su poder de seducción sobre las mujeres.

Karin era una mujer muy diferente a otras muchas. Serena, consciente, equilibrada, poco dada a locuras y frivolidades. Y sin embargo… qué extraño amor, qué magnético poder pasional pudo tener sobre ella un hombre llamado Hamilton Prentiss, de cuya familia y orígenes ningún tratado hablaba, y que precisamente decía proceder de… de Whitby, la misma ciudad a la que ellos se dirigían ahora. Y a la que ya se dirigieran antes, cuando el inoportuno accidente de ferrocarril provocó la interrupción del viaje.

Whitby, en el Yorkshire… Extraña coincidencia. Rara casualidad. Parecía, de pronto, ser el centro de todas sus actividades, profesionales o simplemente privadas y emotivas.

Whitby, a poca distancia de Middlesbrough. A poca distancia de la propiedad de los Cornwall-Lloyd. A poca distancia, por tanto, de la abadía de Whitby… El lugar donde, según su compañero de viaje, podía hallarse la raíz misma del Mal… esperando agazapada durante siglos a que alguien la liberase… de un simple libro nigromántico y mítico, de cuya existencia nadie sabía nada en concreto:

El Negro Libro del Horror.

¿Sería posible que los destinos humanos pudieran ser influenciados de algún modo por cosas que…?

Se interrumpió el hilo de sus pensamientos. Ahora, era la voz de Cavendish la que sonaba, arrancándole de su mundo de divagaciones sombrías:

—¿Preocupado por algo, amigo Byrne?

Desmond se volvió despacio, dejando de contemplar el paisaje, verde y brumoso. Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No sé —confesó—. Pensaba, simplemente. Me preguntaba si

terminaremos de llegar alguna vez a nuestro destino, Cavendish.

—Imagino que esta vez, así será —afirmó rotundamente su compañero de viaje—. He tomado mis precauciones, amigo mío.

—¿Precauciones? —Desmond enarcó las cejas y le contempló, interrogativo—. Temo no entenderle bien del todo…

—Es muy sencillo —suspiró Burne Cavendish. Se inclinó. De debajo del asiento, extrajo un estuche de madera lustrosa, con un cierre metálico que abrió con seco chasquido. Dentro de la caja, sobre un lecho de terciopelo rojo oscuro, aparecía… una cruz.

Una bella cruz metálica, de gran tamaño, de color dorado, que centelleó difusamente a la claridad del día nuboso. Tenía una inscripción en latín, que Desmond leyó lentamente:

—«Ante esta cruz, símbolo del Señor, deténganse los espíritus del Mal, caigan vencidos los seres perversos de las Tinieblas, y retírese Lucifer a su madriguera. Así sea, en nombre de Dios»… —Respiró con fuerza. Miró a Cavendish—. ¿Cree que eso sirve para algo?

—Si el Mal existe, lo combate. Si los espíritus de las sombras atacan, se verán detenidos, como lo fueron siempre vampiros, súcubos y vurdalaks, ante la señal de la cruz. Está escrito en las crónicas del vampirismo y la brujería. Es nuestra mejor arma, Byrne.

—¿Cree seriamente en que los espíritus maléficos hicieron descarrilar el tren? —dudó escépticamente Desmond.

—No se trata de lo que usted o yo creamos, sino de lo que es —afirmó rotundo Cavendish. Cerró la tapa del estuche lujoso, y guardó éste bajo el asiento—. Lo importante es llevar con nosotros algo que nos preserve de ciertas formas del Mal, si existen realmente. Así estoy más tranquilo.

—¿Por qué, entonces, buscar el Libro del Horror, Cavendish, si es que existiera? Hay cosas que más vale no desenterrar…

—No pienso abrir ese libro, si alguna vez lo tuviera ante mí…, ¡si no quemarlo inmediatamente, poniendo en ello todas mis fuerzas! —aseguró con voz ronca Cavendish.

—Entiendo. Es usted un purificador. Procure no fanatizarse con esas cosas. A veces conducen a extremos completamente opuestos a los buscados. Hubo inquisidores que, tratando de hallar a Dios, se lanzaron de bruces en las garras del diablo, llevados por su propia

ferocidad fanática.

—No soy un fanático. Pero voy preparado contra todo —abrióse la camisa, sobre el pecho, y brilló la luz, al quebrarse sobre una forma cruzada, de metal plateado, que pendía de una cadena—. Vea: me protejo. Usted debería hacer lo mismo, antes de llegar a Whitby.

—Confío en Dios, simplemente —sonrió con expresión enigmática Desmond Byrne—. Y si algo malo sucediera… incluso unos maderos o unos objetos cruzados… forman una cruz para enfrentarse al enemigo, no lo olvide…

Cavendish permaneció callado. El carruaje rodaba, con velocidad considerable, camino adelante. Serían varios días de viaje, jornadas fatigosas e interminables de rodaje por los caminos, pero finalmente confiaba Desmond en llegar a su destino: Whitby… y la mansión de los Cornwall-Lloyd.

* * *

—Ya duerme…

Los alaridos habían resonado agudamente entre los muros de la casa hasta muy poco antes. Eran gritos casi inhumanos, de profundo dolor, de desesperación terrible. Tan bruscamente como se iniciaban, tras alguna sesión de música sacra en el clavicordio, terminaban, entre jadeos que se extinguían.

Flanders miró a Hazel Lawson, la enfermera, que abandonaba en ese momento la estancia, cerrando suavemente la puerta tras de sí. Nervioso, paseó por el salón, hasta quedarse plantado ante el clavicordio que ocupaba el centro de la estancia, con un taburete tapizado de terciopelo rojo ante su teclado.

—Estoy deseando terminar con todo esto —masculló, apoyando una mano brusca en las teclas.

Éstas emitieron un sonido discordante, brusco. Hazel hizo un vivo gesto de silencio al tutor del heredero de los Cornwall-Lloyd.

—No hagas eso —susurró—. Puedes provocar alguna alarma, pese a su sueño tan profundo. No debe despertar ahora, tú lo sabes…

Flanders se acercó a ella. La tomó rudamente por los brazos, la atrajo hacia sí.

—Yo sé muchas cosas, Hazel. Y estoy cansado de todas ellas —

habló abruptamente—. Deseo irme de aquí para siempre. Y esos malditos de Londres no vienen a comprar esto…

—Recibiste ya otro telegrama confirmándote la visita del comprador, ¿no es cierto?

—Oh, sí. Pero tarda en venir. Si utilizara el tren, ya estaría aquí. Quizá haya preferido un carruaje, no sé. De cualquier modo, aun siendo así, estará al llegar, imagino. No soporto más. Todo esto es demasiado, Hazel.

—Paciencia. No puedes desmoronarte ahora, cuando todo está a punto de resolverse favorablemente para todos… —Besó su boca. Luego, al apartarse, musitó—: Especialmente para nosotros dos, querido…

—Sí, para nosotros… —La miró turbiamente, con el deseo que siempre provocaba la opulenta enfermera en sus sentidos—. Hazel, todo va a ir bien, estoy seguro. Todo va a ir muy bien… Sólo hace falta que vendamos estas tierras, y los problemas se habrán terminado definitivamente.

—Nathan, déjame ahora —pidió ella roncamente—. No me gustaría que alguien, Daniels o la señora Turner, por ejemplo, nos encontrase de este modo ahora…

—Tienes razón —asintió Flanders con una fuerte inspiración—. Vamos ya. Los servidores andan por la planta baja. Dejé a Daniels podando los setos del jardín, y a la señora Turner preparando las verduras para la cena. Es mejor que nos vean bajar cuanto antes. Ya hay demasiadas murmuraciones en Whitby, sin necesidad de que hablen de otras cosas sobre nosotros.

—¿Murmuraciones? —Hazel le contempló gravemente—. ¿A qué te refieres?

—No a nada tuyo y mío, no te alarmes. Me refería a… a lo otro. Ya entiendes.

—Sí, ya veo —suspiró la enfermera Lawson—. Esos gritos, los medicamentos, todo lo que se refiere a nuestro modo de atender a…

—Exacto. Sabes cómo es la gente en estos sitios. Murmuraciones, cotilleos… La gente tiene habitualmente poco que hacer. Por eso habla de más. Evitando nuevos comadreos, quizá nos evitemos disgustos. Por el poco tiempo que hemos de estar aquí, no merece la pena complicar más las cosas.

—Tienes razón. Vamos ya abajo. Daniels es callado y respetuoso,

pero seguramente hablará tanto como la señora Turner y las demás comadres de Whitby. Es preferible que nos vean por abajo, a que hagan trabajar su imaginación, cuando saben que le hemos administrado la medicina y duerme tranquilamente…

Descendieron a la planta baja. Daniels cortaba aún los setos. Desde la cocina, se escuchaba movimiento de platos y cacerolas, en los dominios personales de la señora Turner, cocinera de Cornwall Manor.

Hazel se encaminó con paso silencioso a la sala biblioteca. Flanders, tras una corta duda, optó por dirigirse al pabellón de caza, situado a espaldas de la residencia. Afuera, comenzaba a lloviznar. La bruma diluía los parajes en derredor. Era como si una masa de algodón sucio lo envolviera todo: prados, arboledas, matorrales, setos… y la abadía.

Más allá, Whitby, la población pintoresca del Yorkshire, se perdía en la bruma, a igual distancia de los pantanos que de la mansión de los Cornwall-Lloyd.

Whitby, el destino de un hombre llamado Cavendish y de otro hombre llamado Byrne que, justo en esos momentos, llegaban precisamente allí. A su punto de destino…

* * *

Whitby Inn. Era su nombre. No era sólo una taberna, sino una fonda. Rústica, propia de un lugar como aquél. Un lugar de edificios de artesonado, de vidrieras emplomadas, de calles tortuosas, en pendiente, y tejados de pizarra gris; en cualquier momento, parecía posible ver surgir cabalgando en su negra montura al *highway-man* del siglo XVIII, al famoso Dick Turpin, con su roja casaca, su antifaz negro y su tricornio emplumado, huyendo de la gendarmería de Bow Street.

Pero de eso hacía ya más de cien años. Ahora, en las postrimerías del siglo XIX, en plena era victoriana, las luces de gas habían sustituido en las calles a las viejas hornacinas con lámparas de aceite, y a la iluminación de petróleo, espaciada y tristona. Salvo ese detalle y la indumentaria de las personas, todo lo demás parecía idéntico a como fuese en el pasado.

—Es la mejor fonda de la ciudad —les había dicho el hombre a quien preguntaron cuando el carruaje entró en la calle principal de

Whitby, empinada y con olor a salitre y yodo—. Se come bien, con abundancia de salmón fresco, hay excelente cerveza… y vino inmejorable para los que pueden pagarlo, por supuesto. Además, la posadera, Molly Lane… es una chica estupenda en todos los sentidos…

Se habían detenido ante las vidrieras salientes, emplomadas y de vivos colores, bajo el anuncio que chirriaba, oscilando al impulso de la húmeda brisa marina, colgado de dos cadenas enmohecidas, y que ostentaba el nombre del local:

WHITBY INN
(ELDERLY, OLD FISHERMANS INN).
(*«Posada de Whitby». Antiguamente, «Posada del Viejo Marinero»*)

Burne Cavendish, con su fiel Cecil, su perro «Storm», que gruñía, quizá presintiendo algo muy relacionado con su propio nombre, de inminente estallido en alta mar, frente a los arrecifes y acantilados de la costa (*«Storm»: en inglés, tormenta*), y por supuesto, ayudado también en la medida de que era capaz con su solo brazo, por el joven abogado Byrne, descendieron del carruaje, encaminándose a la puerta de recia madera del mesón.

En el interior, un fuego agradable les acogió, crepitando en los leños del hogar, cosa muy de agradecer cuando las sombras de una fría noche de febrero en las costas del mar del Norte, empezaban a reinar densamente en Whitby y sus muelles salmoneros.

Había un mostrador de recepción a un lado, y una puerta vidriera al otro, por la que se descubría la existencia del fuego en la chimenea, así como las mesas y banquetas del salón-comedor.

Al frente, una escalera ascendía a la planta alta. En medio de todo ello, la rolliza presencia de una pelirroja pizpireta, ya no muy joven, pero todavía lozana y fresca, exuberante de formas y colorada de mejillas, era como el mejor reclamo sobre las excelencias culinarias de la posada.

—Bien venidos a mi mesón, honorables caballeros —dijo cordialmente, rodeando el mostrador con alguna dificultad, a causa de la protuberancia de su exagerado torso, para ir al encuentro de ellos con jovial entusiasmo—. La posada de Whitby siempre tiene alojamiento para caballeros como ustedes, además de ser el sitio donde mejor se come y se bebe de toda la región.

—Señorita, traemos con nosotros un perro —murmuró el renqueante Cavendish, preocupado—. ¿No será eso un obstáculo para alojarnos aquí?

—¿Un perro? ¡Cielos, no! —soltó ella la carcajada, mientras «Storm» la contemplaba sin emitir gruñido alguno, entre curioso y complacido. Byrne había comprobado durante el largo viaje desde Londres, que eso lo hacía el animal en muy contadas ocasiones—. Tengo atrás, junto a las caballerizas, una hermosa pieza para alojamiento de animales, con todas las comodidades para ellos. Una vez tuve dos perros, y sé lo que es quererlos profundamente, señor. Conmigo/nada tiene que temer su perro. Pero, ciertamente, le aconsejo que no le deje salir de aquí mientras se alojen en Whitby.

—¿Por qué motivo? —preguntó Byrne ahora, curiosamente, dejando su valija en el suelo.

—Ya le dije antes que tuve una vez dos perros. Y los perdí —sus ojos claros brillaron extrañamente. Sacudió la pelirroja cabeza, mirando con agrado a Desmond—. No he podido olvidarlos jamás. Los quería mucho.

—Entiendo. Deben ser los pantanos… —comentó entre dientes Cavendish.

—No, no, señor —negó ella—. No son los pantanos. Es la abadía.

—¿La abadía? —Era Byrne quien repetía la frase, a la vez que, instintivamente, sus ojos cruzaban una relampagueante mirada con Cavendish, tan sobresaltado como él—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Esa maldita abadía. Está embrujada, desde que en ella murió el Monje Sacrílego… Mis perros fueron a ella. Nunca más volvieron a aparecer, ni vivos ni muertos. Pero hay quien dice que, durante las noches de luna llena, se escuchan sus aullidos lastimeros entre las ruinas. Y que también aúllan cuando alguien va a morir…

De pronto, un áspero gruñido y un ladrido violento interrumpió los comentarios de Molly Lane, sobresaltando a todos. A sus espaldas, chirrió la puerta al ser abierta de nuevo.

«Storm» permaneció mirando a quien la abriera, exhibiendo sus dientes afilados, de buen mastín, en una mueca feroz, sin cesar de gruñir.

Todas las cabezas se volvieron. Desmond Byrne se quedó contemplando curiosamente al recién llegado, con la seguridad de que era alguien importante en Whitby. Molly había girado también

su mirada hacia él, con una mezcla de respeto y desagrado.

—Buenas noches —saludó el desconocido, con fría cortesía, mirando a los recién llegados—. ¿Importuno, Molly?

—Oh, no, no, señor Asher —negó ella, presurosa, tratando de sonreír con toda amabilidad—. Usted nunca puede importunar… ¿Desea algo?

—Sí, por favor —la voz del hombre era suave, agradable, educada. Él era alto, enjuto, muy elegante, con negro macferlán, sombrero de copa alta sobre los cabellos oscuros, y en su rostro, suavemente pálido, como el de cualquier aristócrata, brillaban, inteligentes y fríos, unos ojos profundos, duros y grises. Debía de ser joven. Sus manos eran delicadas, de largos dedos. En uno de sus dedos, lucía una sortija con un centelleante rubí que parecía una gruesa gota de sangre cristalizada—. He regresado de la isla con mi barco. Necesito provisiones, pero el almacén de Harding está cerrado ya. Y debo volver esta misma noche a la isla, antes de que estalle el temporal y los arrecifes sean insalvables, o lancen contra él las olas a mi embarcación. ¿Puede usted facilitarme esas provisiones, Molly? Traigo confeccionada una lista. No sólo le pagaré bien el servicio, sino que le daré una buena propina por ayudarme.

—Cuente con ello, señor Asher —asintió Molly vivamente, tomando de la mano del caballero la nota doblada—. Dentro de una hora, tendrá todo a punto. Si algo faltara…

—No se preocupe. Me llevaré lo que buenamente tenga. Lo importante es volver a la isla antes de que estalle el temporal. Buenas noches, Molly. Y gracias. Caballeros… —Se inclinó cortés ante ellos. Sus ojos se cruzaron por un instante con los de Byrne. Éste hubiera jurado que había en ellos una burlona, fría luz desafiante, que no fue capaz de interpretar. Luego, el desconocido abandonó la fonda. Molly se quedó mirando hacia la puerta cerrada. Guardó la nota entre sus pechos exuberantes. E inesperadamente escupió al suelo, con gesto colérico.

—¡Cerdo! —exclamó—. ¡Debería servirte veneno en los víveres, por si acaso es suficiente para matarte, maldita rata seductora y embaucadora!

—¿Cómo? —Terció Desmond Byrne, acercándose sorprendido a la hostelera—. Parecía que le trataba usted con gran deferencia, con

respeto y estimación… ¿y ahora dice eso de él?

—No me importaría que él lo supiera…, si es que no lo sabe ya. Lo malo de él es que logra embaucarla a una con su exquisita cortesía. Por otro lado, es un hombre importante en Whitby, y de él dependemos muchas personas. Esta misma posada… es terreno propiedad suya. Si se obstinara en echarme, lo haría. Legalmente, puede hacerlo cuando vence el contrato. Y eso sucede cada tres años. Le odiamos mucha gente en este lugar, pero debemos fingir que nos es una persona querida y estimada.

—Es un hombre joven, arrogante, educado… e incluso bien parecido, diría yo. —Cavendish se acercó a Molly, frunciendo el ceño, ayudándose de Cecil como de muleta viviente para andar—. ¿Por qué esa animosidad contra él? ¿Qué clase de daños les hace realmente, aparte de ser rico y poderoso?

—No, no es porque sea rico. Yo no soy de esa clase, señor. —Molly parecía profundamente dolida por esa sugerencia—. Es…, es por la isla. Y lo que en ella ocurre.

—La isla… —Byrne terció ahí de nuevo—. ¿Qué isla es ésa, señorita? No sabía de ninguna en estos parajes…

—No es propiamente una isla. Ni siquiera figura como tal en los mapas. Es un islote apenas, unos peñascos cuya área no supera la media milla cuadrada… En su centro, está la morada de Nigel Asher, el caballero a quien acaban ustedes de ver y que, pese a todo cuanto les parezca, tiene sin duda vendida su alma al diablo.

—Su alma al diablo… —Cavendish se frotó el mentón, reflexivo. Luego, miró de reojo a su perro «Storm», quizá recordando su rara reacción ante el extraño—. ¿Por qué dice eso?

—Porque se dice que mora en la isla, a la que le conduce su embarcación de vela, rodeado de espíritus del Mal, entregado a prácticas satánicas. Los marinos, los pescadores, juran haber visto a veces formas horrendas en sus rocas, auténticos monstruos, criaturas del averno —se persignó vivamente Molly, rebuscando entre sus pechos para encontrar luego una cruz pequeña, de oro, que besó fervorosa—. Y se escucharon lamentos, gritos terribles… Dicen…, dicen que una vez fue visto huyendo de las ruinas de la abadía, portando consigo un gran libro, un voluminoso tomo de negras tapas de piel, que despedía una luz azufrada y fétida…

—¿Qué…, qué ha dicho? —Sonó ronca, vacilante, la voz de

Cavendish—. ¿De qué libro habla?

—Del que llamaban en la antigüedad el Libro Negro del Horror, según nos dijo el reverendo Jakes, que es nuestro párroco y, a la vez, bibliotecario local —musitó con supersticioso temor la hostelera—. Se dice que lo robó de las ruinas de la abadía, para establecer su pacto con las criaturas del infierno… Y se dice también que, pese a parecer tan joven, es viejo, tremendamente viejo. Sólo que Lucifer le ha dotado de esa diabólica juventud, a cambio de su alma…

—Pues a pesar de todo eso, observo que sigue necesitando comer, como cualquier otro prosaico mortal —comentó Byrne con repentino tono burlón y escéptico—. Lo cual, en cierto modo, no deja de ser tranquilizador. Señorita, ¿hará el favor de proporcionarme mi llave? Creo que me encuentro realmente fatigado tras ese viaje… y ni los endemoniados me inquietan cuando deseo descansar y dormir.

—No bable así, señor. —Molly se mostró asustada, pero le dio su llave—. No hay nadie que logre asustarme. Pero si se traía de algo sobrenatural… siento verdadero terror, y no me avergüenza decirlo… Ah, sí desean cenar, les aviso de que en sólo dos horas podrán bajar a probar nuestra sopa de pescadores y nuestro mejor salmón. Por ser su primer día en Whitby descorcharé para usted mi más rancio vino blanco…

—Muy amable —sonrió Cavendish, iniciando el ascenso, entre Cecil y Desmond—. Bajaremos a cenar, ¿verdad, amigo Byrne?

—Verdad —bostezó Desmond—. Y después… el sueño reparador, hasta partir mañana hacia Cornwall Manor, Cavendish.

—¿Cornwall Manor? —Molly Lane les miró, parada al pie de la escalera—. ¿Tal vez… tal vez son ustedes los caballeros que habían de venir de Londres a comprar las tierras de los Cornwall-Lloyd?

—Los mismos, señorita. —Cavendish la miró con ceño fruncido —. Pero algo que usted ha mencionado aquí esta noche, quizá me haga cambiar de idea, después de todo.

—¿Algo que he dicho yo? ¿Qué puede ser? —Se inquietó la hostelera.

—No, nada —suspiró Cavendish—. No tiene importancia. Hasta luego. Ansío probar esa exquisita cena, señora mía…

Y siguieron subiendo. Ya arriba, ante el corredor donde se

abrían las puertas de los diferentes cuartos numerados, igual que las llaves voluminosas que les entregara Molly, Byrne se volvió a su compañero de viaje.

—Se refiere al Libro del Horror, ¿no es cierto? —preguntó en voz baja.

—Sí. El Negro Libro del Horror… Si fue realmente robado de la abadía por…, por ese caballero, Nigel Asher… no tendría objeto comprar ya esa propiedad, y usted lo sabe. Habríamos hecho el viaje en vano.

—Esperemos que no sea así —suspiró Desmond—. A fin de cuentas… tampoco es fácil creer que los marinos hayan visto demonios en el islote. Ni que ese joven Asher tenga cien años, o cosa parecida. Estos lugares viven presa de supersticiones y temores ancestrales. Creo que debemos esperar a mañana, a cuando visitemos Cornwall Manor. Sólo entonces debe usted decidir, Cavendish.

—Sí. Tiene razón. Esperemos a mañana… en Cornwall Manor.

CAPÍTULO IV

EL ÚLTIMO CORNWALL-LLOYD

Cornwall Manor.

Acres y acres de prados, de setos, de arboledas, de lomas salpicadas de arbustos y flores silvestres. Una edificación central realmente soberbia, rodeada de prados y jardines. Cobertizos, caballerizas, instalaciones. Y la abadía…

Recorrieron todo eso en carruaje, excepto la abadía, que Cavendish contempló como fascinado, desde la distancia, recortándose solitaria en la suave loma, junto al árbol sarmentoso.

Luego, se encontraron en Cornwall Manor. Delante de un hombre llamado Nathaniel Flanders, administrador y tutor del último miembro de la familia. Era el momento de empezar a pensar seriamente en la compra.

—Caballeros, bien venidos a Cornwall Manor. Espero que, de esta reunión, salga un nuevo propietario para las tierras de más raigambre de todo Whitby —fue su saludo de presentación ante ellos—. Su precio y condiciones le parecerán, realmente, ventajosas y muy inferiores a cuanto imaginó.

—Eso espero —habló Cavendish, cortés, sin comprometerse—. No se hace un viaje desde Londres a aquí, para dar una negativa precipitada o para comprar a ciegas algo de valor. De modo que usted tiene la palabra, señor Flanders.

—Sí, por supuesto —sonrió gravemente el hombre de Cornwall Manor—. Y espero que sea todo lo persuasiva que es de desear en bien de todos… Por favor, síganme. Hablaremos del negocio de la venta de estas propiedades, ahora que la persona propietaria de esta hacienda puede, cuando menos, saludarles, aunque sólo sea por breves minutos, ya que su estado de salud no permite que sufra

excitaciones ni pruebas demasiado serias para su situación actual. Creo les habrán dicho que su dolencia es exactamente…

—¿Mental? —sugirió Cavendish, ante el repentino silencio de su interlocutor.

—Pues… sí. Exactamente. Mental. Para ser sinceros, caballeros…, padece un avanzado estado demencial que…

Se detuvo. Por la casa toda, se extendieron las notas graves, profundas, de un clavicordio pulsado con sensibilidad y energía. La música de Bach hizo vibrar los viejos muros de Cornwall Manor. Byrne y Cavendish se miraron un instante.

—¿Es…? —preguntó roncamente Cavendish, con gesto significativo.

—Sí —afirmó con amargura Nathaniel Flanders—. ¿Comprenden ahora? Luego, llegan momentos de gran excitación. Y hay que recurrir a las drogas, a las medicinas inyectadas, para calmar su estado, para evitar la crisis…

—Y no existe ningún otro miembro de la familia… —señaló Byrne, pensativo.

—Ninguno —confirmó Flanders—. Solamente queda ya un miembro.

—Comprendo. ¿Muy joven…? —indagó Cavendish.

—Mucho —suspiró Flanders—. Exactamente… serán veintiún años el próximo mes.

—Veintiuno… —Desmond Byrne giró su rostro con repentina sorpresa hacia el administrador de Cornwall Manor—. Vaya… Eso significa mayoría de edad en muy breve plazo…

—Sí. —Flanders pestañeó, con rostro inescrutable—. Todo esto es penoso, pero debemos hacerlo, puesto que no existen medios económicos para financiar su curación, y eso es lo más importante de todo.

—Sí, comprendo… —Cavendish sacudió la cabeza—. Pobre muchacho…

—¿Muchacho? —Flanders le miró asombrado. Luego, sacudió negativamente la cabeza—. No, no. Cometen un error. El último miembro de los Cornwall-Lloyd… es… es una mujer.

* * *

—Una mujer…

—Sí. Vanessa Cornwall-Lloyd. La hija de Henry, nieta del viejo Christopher Cornwall-Lloyd… Ella es. Ahí la tienen…

Las teclas del clavicordio parecían palpitar bajo sus dedos sensitivos. Ahora era música de Glück, evadiéndose del instrumento que pulsaba aquella criatura pálida, etérea y como ausente, envuelta en gasas, peinada descuidadamente y con los ojos perdidos en el vacío, sin mirar a nadie, pero sin ver nada también.

Cavendish la contempló gravemente, con ojos reflexivos. Desmond Byrne, a su vez, clavó la mirada en ella, mientras avanzaba unos pasos en sentido circular, sin acercarse a ella, pero más próximo al clavicordio.

Parecía escuchar atentamente la música que surgía del solemne instrumento. Pero también parecía profundamente interesado en ella, en Vanessa Cornwall-Lloyd, la heredera de la familia, el único miembro vivo, la última propietaria de Cornwall Manor.

Más allá de Vanessa, asomaba, paciente, una dama vestida de gris, con cadena de metal y cruz sobre el pecho. Era alta y arrogante. Desmond se dijo que era hermosa y llamativa.

Llevaba en sus manos una cajita metálica, de las que acostumbraban a portar aguja hipodérmica y el correspondiente inyectable. Parecía esperar algo, pacientemente, con gesto fríamente profesional.

Byrne no dijo nada. No hizo comentario alguno. Volvió a mirar a la muchacha que interpretaba a Glück en el clavicordio. Resultaba patético. Pero ella no se fijaba en nadie. Sólo en su instrumento. En su teclado. En su música.

Lentamente, Flanders comenzó a retirarse de la sala. Les hizo un gesto a todos. Byrne dudó en seguirle. La mujer vestida de gris le miró con fijeza. Y el joven abogado londinense siguió adelante. Se reunió con Cavendish y Cecil.

—Vamos, caballeros —rogó en voz baja el administrador—. Es preferible que salgamos…

Salieron. Pero desde la puerta, todavía, Byrne giró la cabeza. Miró al clavicordio. A la espalda de la joven Vanessa Cornwall-Lloyd. Los cabellos castaños caían en cascada sobre sus espaldas. De repente, contempló su rostro pálido, demacrado y triste. Ella había girado la cabeza, sin dejar de interpretar a Glück.

Por unos instantes, ambos se contemplaron mutuamente. Fue

como el choque de dos fuerzas coincidentes. Dos chispazos de luz que se entendieron en una fugaz décima de segundo, en un instante tremendamente breve.

Byrne no supo la razón, pero algo se convulsionó dentro de él. Supo, en ese mismo momento, que había angustia, terror, súplica, en la mirada de una pobre muchacha loca… Luego, la puerta se cerró. Glück continuó sonando en toda la casa… hasta que, de súbito, unos alaridos terribles, agudos, desgarradores, lo conmovieron todo. Una vez más. Un día más. Luego… el silencio.

Otra vez el silencio que parecía natural a oídos de Nathaniel Flanders. Pero no a los de sus visitantes. Cavendish se mantenía rígido, escuchando. Desmond Byrne clavó su mirada en el administrador.

—Lo siento —suspiró éste, con un leve matiz trémulo en su voz —. Esto ocurre siempre. Cada día. Estamos habituados. Pero ustedes…

—No. Nosotros, no —era Byrne quien se expresaba secamente—. ¿Qué sucede? ¿Es Vanessa?

—Sí. Es Vanessa. La señorita Lawson debe inyectarla cotidianamente. De no ser así, terminaría en tragedia todo esto… y en muy corto plazo.

—Comprendo —asintió Cavendish, apoyando pesadamente sus manos en la mesa, tras un momento de intensa vacilación—. Según parece…, no existen fondos suficientes para pagarle un internamiento en un hospital psiquiátrico, en una clínica para enfermos mentales donde auténticas eminencias cuiden de ella. Sin embargo, sus propiedades son vastas, riquísimas…

—Exacto. Una cosa es poseer grandes terrenos. Otra muy diferente poseer dinero efectivo para cubrir gastos cuantiosos. Las dolencias de los últimos Cornwall-Lloyd, han arruinado a la familia. La locura acostumbra a ser hereditaria. Y difícil de curar, especialmente si no hay medios. Todos sabemos lo que son los manicomios actuales, en tanto no se trate al enfermo como un auténtico ser humano víctima de un mal, y no como a un delincuente o a un salvaje poseído del demonio.

—Es curioso. Desde que hemos llegado a Whitby, hemos oído hablar demasiadas veces de posesiones demoníacas, señor Flanders —terció fríamente Desmond Byrne—. ¿Qué sucede? ¿Es que aquí

imperan todavía las supersticiones medievales?

—Whitby es un mundo medieval, ya irán dándose cuenta de ello si permanecen aquí algún tiempo.

—Personalmente, no pienso permanecer más del tiempo necesario para asesorar a ambos en su posible convenio —dijo secamente Byrne—. En cuanto al señor Cavendish… si cambia su residencia londinense por ésta, deberá irse haciendo a la idea, por supuesto.

—Aún no he adquirido la hacienda —les recordó Cavendish—. Ni sé si llegaré a hacerlo alguna vez, para serles sincero.

—¿Cómo? —Se escandalizó vivamente Flanders, poniéndose en pie—. ¿Es que ha cambiado acaso de idea, señor Cavendish, y su viaje a Yorkshire es simplemente de convalecencia para su pierna herida? En tal caso, sería mejor no perder nuestro tiempo, ni hacérselo perder al señor Byrne…

—¿Qué le pasa, señor Flanders? —Fue la agria réplica de Cavendish, encarándose con él a duras penas, a base de incorporarse, sobre su pierna sana y su bastón de negra madera, para sostenerse, vacilante, en pie—. ¿Tan ávido está de vender esta propiedad que se siente impaciente por una simple posibilidad de desacuerdo?

—No, no es eso, pero…, pero Vanessa necesita tratamiento adecuado. No puede seguir aquí indefinidamente, entregada a su clavicordio, delirando en un mundo demencial, y sin otra ayuda clínica que la de su actual enfermera, la señorita Lawson…

—Parece eficiente —señaló Byrne, como ausente.

—¡Eficiente! Claro que lo es, señor —se volvió a él Flanders, exasperado—. Pero eso no basta. Es preciso disponer de medios… Cuando el pobre Henry me nombró su albacea testamentario, tutor de su única hija, y administrador de esta finca, creí de buena fe que su fortuna personal era inmensa. Luego, examinando los documentos, comprendí que todo era una simple ruina, que las últimas décadas de los Cornwall-Lloyd fueron desastrosas… y que sólo les quedaba su apellido, su estirpe, su orgullo… y estas tierras. Nada más. Vender, parecía entonces una loca idea. Cuando Vanessa se hizo mayor, y su desequilibrio mental se hizo más claro, comprendí que no había otro medio. Era preciso vender. Vender a cualquier precio. Fuese como fuese, ¿se dan cuenta? Pero, por

supuesto, no voy a arruinarles haciendo un regalo a nadie. Si no le interesa, señor Cavendish, puede volver a su Londres y dejar esto. Sólo le ruego que concrete antes, y así podré esperar a otros clientes…

—Nadie le hubiera pagado lo que yo, esté seguro —dijo roncamente Cavendish, con repentina ira, acercándose, a trompicones, a su interlocutor—. Hubiese llegado a una cifra realmente grande por poseer estas tierras. Tengo suficiente dinero para comprar un millón más de acres, pero pagaría todo ese dinero por Cornwall Manor…, si no fuese por una simple razón.

—¿Cuál, señor Cavendish? —Parecía realmente asombrado Nathaniel Flanders.

—Necesito algo que imaginé estaría en su propiedad. Hubiera dado por él todo cuanto poseo. Primero pensé en la loca idea de utilizarlo en mí provecho, llegando a ser el nuevo Cagliostro, el amo del Mal… Luego, comprendí que necesitaba destruirlo. Destruirlo, ¿lo entiende?

—Cavendish, por favor… —Trató de terciar Desmond Byrne, para calmar a su compañero de viaje y que no siguiera hablando.

—¡Déjeme, Desmond! Quiero decirlo. Necesito decírselo al señor Flanders. Con más motivo que a ningún otro… ¿Sabe lo que buscaba en su propiedad? ¿Sabe qué loca idea pasó por mi mente? ¿Sabe lo que pensé que llegaría a hallar un día, siendo dueño de este lugar?

—No… —Flanders le miró con una expresión singular, que inquietó a Byrne—. ¿Qué llegó a pensar que encontraría aquí, señor Cavendish?

—El Negro Libro del Horror… en la vieja abadía —el cojo cayó estrepitosamente en un escabel. El bastón cayó de su mano. Hundió la cabeza sobre el pecho, como anonadado—. Ahora sé que eso es imposible. Que el Libro del Mal jamás será encontrado aquí…, porque fue robado de la abadía por alguien… Alguien que ahora lo tiene en su poder…, quizá abierto o a punto de abrirlo, para condenación eterna de la Humanidad…

—Mi querido señor Cavendish… —Flanders soltó una ronca carcajada. Le miró, con expresión entre irónica y risueña—. ¿De veras cree usted que existe ese famoso Libro Negro del Horror de que hablan todas las viejas crónicas y leyendas?

—No sé qué creer. Pero alguien dijo que podía estar en la vieja abadía de Whitby. Y también alguien me dijo que un hombre…, un hombre que reside en estos lugares, fue visto una noche, llevando consigo ese libro del Mal…

—¿Quién? —Rió entre dientes Flanders—. ¿Nigel Asher, quizá? ¿El caballero del islote?

—Sí, el mismo —afirmó Cavendish rotundamente—. ¿Qué tiene que decirme a eso? ¿Cree que hay, realmente, la menor posibilidad de que ello sea falso, y aún resulta posible hallar el libro en sus tierras, señor Flanders?

—De modo que era eso. No le interesa la finca, ni los terrenos, ni nada de nada —suspiró cansadamente Flanders—. Sólo… sólo un mítico libro que nadie ha visto jamás, ¿no es así? Un libro que, según el vulgo y la gente ignorante de este maldito lugar, fue visto en poder de Asher, llevándolo consigo para sus prácticas satánicas en el islote… ¿Es eso lo que le contaron, poco más o menos?

—No importa ya lo que me contaran. Busco ese libro. Llevo dedicados años enteros de mi vida a la búsqueda de ese volumen misterioso, clave del Bien y del Mal en nuestro mundo. No me gustaría renunciar ahora. Ustedes, su propiedad, la abadía… son mi última oportunidad, señor Flanders.

Hubo un silencio profundo. Byrne hubiera querido terciar en la conversación, impedir el violento papel que estaba representando en aquella absurda discusión. Pero para sorpresa suya, Nathaniel Flanders, tras un profundo silencio, se dejó caer en su asiento, con gesto sombrío, hundió el mentón sobre su pecho y, después de respirar hondo, manifestó con frialdad, sin mirar siquiera a sus interlocutores:

—Está bien, señor Cavendish. Es ridículo, pero… puede ver el libro cuando quiera.

—¿Qué? —Exclamó, incrédulo, desorientado, lleno a la vez de escepticismo, el hombre llegado de Londres—. ¿Qué es lo que ha dicho, señor Flanders?

—Lo que ha oído —suspiró el administrador de los Cornwall-Lloyd—. El Negro Libro del Horror nunca fue robado de la abadía de Whitby, situada en nuestras tierras…

—Eso no es posible. Usted dijo que… que podía ver el libro cuando…, cuando…

—Cuando quiera, señor Cavendish. Yo mismo se lo mostraré. Está allí. Jamás fue robado. Sólo la murmuración popular ha creado cosas así.

—Pero…, pero entonces… existe… ¡El libro existe! —Cavendish estaba muy pálido—. No, no puede ser tan fácil, tan simple…

—Piense lo que quiera. Usted verá ese libro. Pero jamás podrá abrirlo, no lo dude.

—No, no pretendo abrirlo. No lo pretendía, al venir aquí… —Se pasó una mano por su frente sudorosa—. Oh, cielos… Ahora no sabría qué pensar, qué decir. Si tuviera ante mí ese libro, si… si realmente existiera… creo que… que sentiría la tentación de abrirlo, de ver lo que sus páginas contienen…

—Se llevaría una gran decepción. Nunca podría abrir sus tapas. Nadie lo logró jamás.

—¿Está seguro? —replicó vivamente Cavendish, con ojos llameantes, sumidos en su fiebre obsesiva, quizá mayor ahora, cuando se sentía tan tremendamente próximo a su objetivo—. ¿Está totalmente seguro de eso? Todo libro puede abrirse…

—Ése, no —sostuvo Flanders con frialdad—. Y quizá valga más así. No somos las personas destinadas a abrir sus páginas y conocer sus secretos. Cuando esa persona llegue, el libro será abierto sin dificultad. Está escrito en la leyenda. Y en el atril donde reposa… Yo, personalmente, no creo en nada de eso. Pero, como todos, intenté abrirlo, cuando el viejo Henry me lo mostró una vez… Renuncié entonces. Y juré no intentarlo nunca más.

—Eso no garantiza que siga existiendo ahora, que no lo hayan robado… —jadeó Cavendish, en plena crisis emotiva, sin desviar sus ardientes ojos de Nathaniel Flanders.

—Existe. Está allí. Nadie lo robó jamás y, si lo hizo, lo reintegró a la abadía.

—Espere, Flanders. Voy a hacerle mi mejor proposición. ¿Sigue vendiendo la propiedad?

—Por supuesto. Usted sabe que sí. Vanessa lo necesita más que nadie.

—Muy bien. ¿Qué precio pide?

—Cien mil libras esterlinas. Ni una menos. Pero pueden ser pagadas en cuatro plazos anuales, de ser preciso.

—Es una fortuna. Pero se la pagaré… al contado. En una sola

vez. Sólo a cambio de algo.

—¿Qué?

—Que me muestre ese libro. Y que yo pruebe a abrirlo. Si no lo abro, pagaré la suma, y la propiedad será mía. Si lo abro… me quedo el libro, y no se cierra el trato. ¿Qué diría a una propuesta semejante?

—Convenido —los ojos de Flanders brillaron—. Ha perdido de antemano, estoy seguro.

—Veremos, Flanders, veremos… —Volvió a incorporarse. Temblaba de excitación. Aun con su bastón, se hubiera derrumbado a tierra, de no correr Byrne a ayudarle—. ¿Cuándo podemos ver ese libro? Me gustaría que fuese… durante la noche. Es la hora de hacer ciertas cosas.

—Convenido. Esta noche —señaló Flanders—. A las ocho nos reuniremos aquí a cenar, si no les parece mal. A las diez, podemos entrar en la cripta negra de la abadía. Allí hacía sus misas negras el Monje Sacrílego, el que se rebeló contra su fe y adoró a Satán… Desde entonces, la abadía parece estar maldita. Y el libro que se dice escribió el monje, reposa en la cripta de mármol negro, inviolado y hermético. Traiga las escrituras a punto, señor Byrne. El señor Cavendish tendrá que firmarlas cuando fracase en su prueba…

—Las traeré —dijo Desmond con un suspiro—. Pero nunca vi un libro que no fuera posible abrirlo…

—Éste será el primero. Y el último. —Flanders soltó una extraña carcajada—. El señor Cavendish vino en busca de algo más que una simple propiedad. Y lo ha encontrado. Sólo que, como a los demás, no va a servirle de nada. Y, de servir para algo, sería para su propia condenación eterna…

—Eso, lo veremos —aseveró rotundamente Cavendish—. Lo veremos, señor Flanders…

—Muy bien, caballeros. Lo veremos esta misma noche. Ahora… si prefieren quedarse, puedo encargarles un excelente almuerzo y…

—No, gracias —cortó vivamente Desmond Byrne, mediando en la charla—. Nos vamos a Whitby de nuevo. La comida de la posada es muy apetitosa. Y yo tengo cosas que hacer. Esta noche regresaremos, téngalo por seguro…

—Perfecto. —Flanders tiró de un cordón de la campanilla.

Acudió su mayordomo, cortés—. Daniels, acompaña a los señores a su carruaje. Indícales el camino. La niebla se ha espesado mucho.

Era cierto. Abandonaron Cornwall Manor tras despedirse de Flanders. Daniels les acompañó hasta la verja de salida, indicándoles el camino de regreso a Whitby. La finca quedó atrás. Alrededor de ellos, la bruma costera era como una masa de pastoso color gris, que lo envolvía todo, diluyendo las formas a menos de dos yardas de distancia.

El camino hacia la población resultó lento y cansino. Cavendish volvió bruscamente su cabeza hacia Byrne. Le hizo una pregunta áspera:

—¿Por qué dispuso usted que abandonáramos Cornwall Manor? Me hubiera quedado a gusto en esa casa hasta caer la noche…

—Haberlo hecho, Cavendish. Yo prefería volver a Whitby. Ya le dije que tengo cosas que hacer.

—¿Usted? ¿En el Yorkshire? No imaginé que tuviera otra cosa que hacer que ser mi compañero en este asunto, para estar presente cuando cerráramos el trato Flanders y yo…

—No, Cavendish. No volví a hacer el viaje con usted por esa simple razón. También tengo asuntos personales aquí, aunque no lo crea.

—¿Qué clase de asuntos?

—Encontrar a mi prometida. Y al hombre que la arrancó de mi lado, ¿comprende?

No pareció comprender bien Burne Cavendish. Se quedó mirándole con enorme estupor.

Justamente entonces, sonó el horrible alarido en la niebla, no lejos de su carruaje. Los caballos relincharon, encabritándose. Cecil gritó desde el pescante:

—¡Eh, cuidado…! ¡Señor, algo sucede delante de nosotros! ¡Los caballos se niegan a seguir, parecen amedrentados…!

Byrne miró al exterior. Sólo descubrió la densa niebla, sin formas apenas en el paisaje circundante. Pero los caballos seguían piafando, incómodos, agitándose y agitando a su vez el vehículo.

Abrió bruscamente la portezuela y saltó, decidido, al terreno húmedo del sendero. Se aproximó a los anima les. Descubrió su gesto como enloquecido, su extraño modo de mirar ante sí.

—El grito llegó de ahí delante, señor —jadeó Cecil, pálido como

un muerto—. Fue horrible… Y estos malditos animales se niegan a continuar su marcha…

—Bien… Veamos lo que hay —suspiró Byrne, resuelto, echando a andar camino adelante.

—¡Byrne, no se arriesgue! —Voceó Cavendish, desde el interior del carruaje—. ¡Tome la cruz consigo…!

No le hizo caso. Avanzó unos pasos, a través de la densa bruma, que parecía una masa sólida, rompiéndose a jirones a su alrededor, a medida que él avanzaba.

De repente, se detuvo. Contempló ante sí el cuerpo tendido en el sendero.

Era un hombre. Un hombre de edad avanzada. Se inclinó. La niebla se dispersó en jirones brumosos, como un vaho huidizo. Pudo ver con más detalle. Se estremeció.

El hombre aparecía destrozado por alguna fuerza horrible. Bañado en sangre, desgarradas ropas y carne por algo parecido a unas zarpas monstruosas. Tenía un ojo colgando fuera de su órbita, entre jirones sanguinolentos, y el otro desorbitado en medio del rostro desgarrado. La sangre lo empapaba todo.

Pese a ello, le identificó en el acto. Un murmullo se escapó de sus labios:

—Es… es Daniels, el criado de Cornwall Manor… Nos despidió en la casa… y ahora está aquí. Muerto, destrozado espantosamente… ¿Qué significa todo esto?

De pronto, levantó la cabeza. Tuvo el presentimiento de que, a través de la niebla, unos ojos le escudriñaban agudamente…

Desmond Byrne clavó sus ojos en la niebla. Le vio entonces. No pudo impedir que un grito de horror escapara de sus labios.

—¡Dios mío! —rugió—. ¡Un monstruo…!

Y era cierto. La faz horripilante del más increíble y repulsivo monstruo viviente jamás imaginado flotó en la niebla, ante él, como una visión del propio infierno…

CAPÍTULO V

CRIATURAS DEL INFIERNO

—Un monstruo… ¿Está seguro de lo que dice, señor Byrne?

—Totalmente seguro, constable —afirmó rotundamente Desmond, clavando sus ojos en el policía encargado de la ley en Whitby—. Le vi tan claramente como ahora le estoy viendo a usted. Fue una visión breve pero nítida.

—¿A pesar de la niebla? —El escepticismo flotaba en las palabras del fornido y pelirrojo constable Harding. Sus ojos, duros y azules, se clavaban a su vez en el forastero.

—A pesar de la niebla, sí. Estaba cerca de mí, agazapado, a cosa de yarda y media todo lo más. Fue sólo un instante. Al ver que yo le descubría, emitió un gruñido sordo, como podría haberlo hecho un animal salvaje, y desapareció en la niebla, a todo correr. Yo me precipité tras él rápidamente, intentando darle caza, tras el primer instante de sorpresa y aturdimiento. Pero me fue imposible. En primer lugar, porque él parecía conocer bien el terreno que pisaba. Y en segundo lugar… porque la niebla era tan profunda, que llegué a extraviarme por completo y, sólo dando voces, pude reunirme con el señor Cavendish en el camino…

—Así es —afirmó Burne Cavendish por su parte, moviendo despacio su cabeza—. Oí el gruñido de que habla mi compañero, pero imaginé que sería un lobo o un jabalí, no un ser humano… o lo que aquello fuese, constable. Después, las llamadas de mi amigo me permitieron avisarle para que nos encontrase en esa maldita niebla que se gastan ustedes por aquí.

—Bien… —El constable se detuvo unos instantes, volviendo la mirada al cuerpo inerte que yacía envuelto en una sábana, en aquel frío y amplio recinto de paredes grises donde se hallaban, a la

claridad de una claraboya por la que se filtraba la lívida luz neblinosa del mediodía. La presencia del cadáver destrozado de Daniels, parecía causar en todos ellos un mismo desasosiego. Harding se volvió bruscamente, preguntando a Byrne—: ¿Puede describirme a ese monstruo, señor?

Desmond respiró hondo. Arrugó el ceño, evocando la desagradable escena.

—Bueno, resulta difícil, pero lo intentaré… Vi ese rostro y ése cuerpo como cosa de un par de segundos. No pudo ser más tiempo. Pero tengo grabada su imagen en mi memoria, constable… Un cuerpo retorcido, agazapado, como giboso… Unos brazos largos, simiescos, que casi rozaban el suelo… Una faz velluda, una boca babeante, torcida, de grandes labios caídos, de dientes afilados como colmillos… Y los ojos, constable… Los ojos eran algo terrible. Desorbitados, casi saliendo de sus órbitas, enrojecidos por venillas, como inyectados en sangre… El cabello de su cabeza, por contraste con su cara peluda, ralo, a mechas en un cráneo calvo y abultado, de hinchadas venas… Algo atroz, se lo aseguro.

—Lo creo —el constable se frotó el mentón, donde el barboquejo de su casco oprimía la rolliza carne rojiza, y sacudió luego la cabeza con aire perplejo—. Cielos, no logro entender bien lo sucedido. Daniels parece haber sido despedazado por las zarpas y fauces de un lobo. Luego, usted ve a ese ser horrible… Si alguien de esta región me hubiera contado cosa semejante, le hubiera dicho que estaba borracho o veía alucinaciones.

—No probé hoy una sola gota de alcohol, constable —replicó Byrne secamente—. Y no acostumbro a ver cosas extrañas, se lo aseguro.

—Le creo, señor Byrne, le creo —resopló el policía local. Sacudió su maciza cabeza de rojos cabellos—. Diablo, me pregunto si van a creerme a mí en el condado, cuando haga ese informe…

—No debería extrañarse mucho de nuestra historia, constable —terció vivamente Cavendish—. Aquí hay quien dice que ve monstruos, criaturas infernales en los peñascos del islote del señor Asher…

—Ah, ¿ya escucharon esa tontería? —Refunfuñó Harding—. La gente de Whitby tiene una imaginación desbocada, especialmente los marineros. Seguro que no vieron cosa alguna, pero les encanta

chismorrear y decir estupideces que sólo ellos se creen. El señor Asher es un caballero de fortuna considerable, dueño de esa isla, de la embarcación más grande que hay en el lugar, y un intachable ciudadano. Pero ya sabe lo que es el populacho. Para ellos, siempre ha de existir algo sobrenatural o demoníaco. Así han sido durante siglos.

—Se dice que Asher posee el Libro Negro del Horror —señaló Byrne, pensativo, sin dejar de contemplar el bulto tapado por la sábana, a la espera de la autopsia por parte del forense.

—¡El Libro del Horror! —Harding soltó una breve risa—. Por Dios, eso es una necedad. El señor Asher puede ser cualquier cosa menos un brujo o un endemoniado, caballeros.

—Entonces…, ¿es que el libro sigue en la abadía de Whitby, constable? —quiso saber Cavendish con tono ronco.

—Señor Cavendish. —Harding le miró ahora con reproche—. No puede decirme que una persona como usted vaya a creer en semejantes paparruchas. Ese libro no existió jamás, ni nadie lo ha visto nunca, afortunadamente. No creo en libros del diablo ni en cosas parecidas. Y seguiré sin creer, mientras esa leyenda no la compruebe por mí mismo.

—Sí, es lo que yo digo —asintió Cavendish, con expresión meditativa—. Mientras no la compruebe por mí mismo… sólo seguirá siendo una leyenda.

—Y además, absurda —remachó Harding con la firmeza de quien se cree en posesión de la verdad.

Hubo un silencio. Harding escribió algunos informes en un papel, sobre una mesa desnuda, próxima a la que servía de soporte al cadáver ensangrentado de Daniels. Byrne caminó hasta detenerse junto al difunto tapado por la sábana. La lívida luz de la claraboya, caía verticalmente sobre el siniestro bulto.

—Daniels nos despidió poco antes en la puerta de la casa de los Cornwall-Lloyd —comentó sordamente Desmond—. ¿Por qué estaba luego en el camino, ante nuestro carruaje, destrozado de ese modo? Es algo que no he llegado a entender.

—Ustedes debieron viajar despacio a causa de la niebla —señaló Harding, distraído—. Daniels, por alguna razón, partió en pos de ustedes, quizá para darles alcance. Él conocía bien la región, y les adelantó, aguardando abordar su carruaje. Entonces…, entonces

debió de ser atacado por el monstruo… Sí, señores, habrá que hacer algunas preguntas a los ocupantes de Cornwall Manor. Daniels era un buen hombre que no tenía enemigos. Quizá el señor Flanders sepa explicarme algo al respecto. Daniels… Daniels profesaba un gran cariño a su ama, la señorita Vanessa Cornwall-Lloyd.

—¿Cree que su muerte puede tener algo que ver con…, con la joven Vanessa? —Era Byrne el que hacía la súbita pregunta.

—Bueno, nunca se sabe. —Harding, evasivo, se encogió de hombros—. Yo nunca escucho las habladurías, pueden estar seguros. Pero últimamente han circulado versiones poco amables para el señor Flanders en este pueblo. Aunque, como ya le dije, aquí son muy dados al comadreo irresponsable. Y yo sólo me guío por hechos…

—Bien, constable. Si no nos necesita para nada más, volveremos a la fonda —suspiró Cavendish, incorporándose—. Todo esto ha sido ya bastante desagradable…

—Sí, por favor. Regresen ustedes allí. Si les necesitara para algo, más adelante, ya iría a visitarles. Gracias por todo. Y perdonen si Whitby les ha recibido tan mal…

—No se preocupe, constable. —Byrne acompañaba a Cavendish, ayudándole a caminar con su pierna rígida. Llegaron a la puerta. Ya iban a salir del frío recinto donde reposaba el cadáver de Daniels, cuando Desmond Byrne se volvió de pronto al policía y le hizo una inesperada pregunta—: Por cierto… ¿Dónde puedo encontrar a Hamilton Prentiss?

—¿A… quién? —El policía arrugó el ceño, contemplándole sorprendido.

—Hamilton Prentiss, de Whitby —repitió Desmond gravemente —. Estuvo hace poco tiempo en Londres. Es un caballero. Procedía de esta ciudad. Necesito encontrarle.

—Hamilton Prentiss… —La cabeza pelirroja del constable se movió de lado a lado—. No conozco a nadie de ese nombre aquí. Y me precio de conocer a todo el mundo en Whitby, al menos en diez millas a la redonda, señor Byrne. Evidentemente, le informaron mal…

—Evidentemente —el tono de Desmond era seco—. Supongo que tampoco sabrá nada sobre una joven londinense llamada Karin Spencer, recién llegada a Whitby o a alguna localidad inmediata…

—No, ciertamente que no. Me son nombres totalmente desconocidos, puede creerme.

—Sí, constable. Le creo —había una profunda amargura en la voz de Byrne, al reanudar su marcha con Cavendish—. De todos modos, gracias por el informe.

* * *

—No se habla de otra cosa en el pueblo, señor Byrne…

—Las noticias corren rápidamente aquí, Molly —comentó Desmond, alzando su cabeza y logrando ver el sonrosado rostro saludable de su hostelera, por encima de la prominencia de unos senos que casi cubrían totalmente la visión.

—Sí, muy rápidas, señor Byrne —rió ella—. No tenemos otra diversión, ya sabe. Por cierto que eso ha hecho recordar a muchas personas lo que les mencionaba anoche sobre ese caballero misterioso, el señor Asher… Los marineros mencionan de nuevo las figuras diabólicas que vieron en las rocas. Recuerdan los alaridos inhumanos que escapan a veces del islote, como si estuviera poblado por criaturas infernales.

—No sé si todo eso será fantasía de los marinos, Molly. Pero yo sí he visto a un ser horriblemente feo y deforme. Además, es el sospechoso de haber asesinado a Daniels.

—Pobre Daniels… —Se estremeció la rolliza posadera, retirando los platos vacíos, para traer un nuevo manjar—. Un hombre tan bueno, tan afable… Con lo que él quería a la señorita Vanessa…

—Vanessa Cornwall-Lloyd —asintió fríamente Byrne—. Sí, Molly. Esa muchacha… La he visto tocar el clavicordio, como ausente, como perdida en un mundo diferente al que le rodea. Su enfermedad es terrible…

—Realmente terrible…, si de verdad es una enfermedad —dijo confidencialmente Molly, inclinándose hacia Desmond, y casi tapándole el rostro con su torso increíble.

—¿Cómo? —Los ojos de Byrne se encontraron con los de su patrona—. ¿Qué quiere decir con eso, amiga mía?

—Que…, que se habla mucho sobre esa casa y su gente… —El tono de la hostelera se hacía por momentos más y más confidencial. Cavendish la estudiaba, ceñudo.

—¿Hablar? ¿En qué sentido? —quiso saber Byrne, tirándole de

la lengua.

—Bueno, ya le dije antes que aquí nos gusta el comadreo, pero… a veces se dicen grandes verdades, en medio de todo… Si hubieran visto ustedes al señor Flanders y a la enfermera Lawson… como Daniels los sorprendió un día, sin que ellos se dieran cuenta… O como la cocinera, la señora Turner, afirma que los ha visto un par de veces a través de una vidriera del jardín…

—Y… ¿qué han visto?

—Ambos se abrazaban, se besaban… Era evidente que había entre ellos intimidad, algo más que la simple relación entre el tutor de la señorita Vanessa y su enfermera… Y como la señorita está cada vez peor, han empezado a correr rumores…

—¿Rumores?

—Sí. Todo el mundo dice que grita demasiado en sus crisis, que duerme luego demasiado, que se va desmejorando, que hay días enteros que se pasan sin oírla ni dar señales de vida… Luego, está esa idea fija del señor Flanders, queriendo vender la finca… Vanessa Cornwall-Lloyd es una enferma, una irresponsable. No les costará mucho obtener su firma de autorización, si es que no la tienen ya… y poder así vender libremente, quedándose con una fortuna en dinero efectivo, e internando luego en un manicomio a la pobre chica, hasta el fin de sus días…

—¿Qué otra cosa pueden hacer, dadas las circunstancias? —apuntó Cavendish.

—Las circunstancias son las que hacen dudar a todo el mundo —afirmó rotundamente la posadera—. Mucha gente… no cree siquiera que Vanessa Cornwall-Lloyd esté enferma, loca… sino que alguien la está volviendo loca paulatinamente.

Hubo un silencio en el comedor de la hostería. Desmond Byrne afirmó despacio.

—Sí —dijo—. Entiendo. Entiendo lo que sospecha la gente…, porque yo también he sospechado algo así…

* * *

Desmond Byrne contempló la silueta de la abadía. Luego, miró en derredor, pensativo.

Estaba solo en el prado. La niebla se había disipado un poco, no excesivamente. Pronto caería la tarde, y debería regresar al pueblo

para recoger a Cavendish y regresar a Cornwall Manor por el sendero de carruajes, abiertamente.

Ahora, él llevaba a cabo un examen casi clandestino del lugar. Ni siquiera Cavendish sabía dónde estaba él. Había dicho que iba a dar un paseo por el pueblo, mientras su compañero de viaje se acostaba un rato, a recuperar fuerzas su fatigado cuerpo. Lo que Desmond hizo, fue encaminarse a la hacienda de Vanessa, la muchacha demente… pero por senderos nada frecuentados, entre arboledas y matorrales, rehuyendo los caminos habituales de los habitantes del lugar.

Así había llegado a salvar las cercas de la finca, adentrándose en terreno particular, hasta verse frente a la abadía, aún a alguna distancia de ella.

No era una visión agradable. El árbol vecino parecía un monstruo descarnado, elevando al cielo sus brazos nudosos y retorcidos, en extraña invocación. A poca distancia, los muros de la abadía eran simples amontonamientos de piedra gris, con derrumbamientos parciales, con una pequeña torre medio derruida y las puertas desgajadas, salpicadas de brezos y de hierbas silvestres por doquier.

Alguna vez, en aquel edificio hubo una comunidad de monjes. Y, según la leyenda, uno de ellos fue un sacrílego que se entregó a la magia negra, haciendo caer la maldición sobre aquellos muros. Desde entonces, la abadía pasó a ser un lugar al que la gente miraba como a algo propiedad del demonio.

Avanzó Desmond resueltamente, pero no en dirección a la abadía, sino hacia la casa, situada allá, al fondo, entre brumas. Aquella perspectiva de la residencia, le era totalmente desconocida: caballerizas, cobertizos, herramientas, un anexo para el servicio, y corrales para los animales de la granja.

Caminó por entre los árboles. Estaba convencido de que la neblina y las arboledas impedirían que fuese visto desde la casa. Y así fue, al parecer, puesto que nadie le dio el alto y pudo llegar hasta los cobertizos.

Había unas vidrieras abiertas, en la parte posterior de la casa. Se acercaba a ellas cuando tuvo que dejarse caer tras una valla, cuando dos figuras aparecieron enmarcadas en el hueco.

Se quedó quieto. Un murmullo de voces llegó hasta él:

—... No podemos hacer otra cosa, compréndelo...

—Pero si lo hacemos así, parecerá una fuga, Nathan —hablaba la voz de mujer—. Después de lo que el constable nos ha dicho sobre la muerte de Daniels...

—No hay donde elegir —cortó él—. En cuanto Cavendish nos pague, emprenderemos la marcha. Y que piensen lo que quieran, Hazel. Hemos de desaparecer de este lugar. Lo antes posible.

—¿Y Vanessa?

—Sobre ella, ya está todo dicho, Hazel. No hay más que hablar.

—Nathan, tengo miedo... Miedo de que todo se descubra y...

—Calla. No hables así. No va a sucedemos nada a ti y a mí. Nada, querida...

Siguió un ronco murmullo. Luego, el silencio. Desmond se arriesgó a mirar. Sorprendió a Flanders y a la enfermera enlazados en un fuerte abrazo, unidos sus labios fuertemente...

Se retiró con sigilo. Había escenas que no le gustaba sorprender. Ni siquiera en unas personas tan sospechosa y poco claras como Nathaniel Flanders y Hazel Lawson, en cuyas manos se encontraba la salud y la vida de Vanessa Cornwall-Lloyd...

* * *

Cornwall Manor iba quedando atrás. El chillido de las gaviotas era cada vez más próximo, y el aire brumoso olía a salitre y yodo. El mar estaba cerca. Los acantilados asomaban a las aguas, a muy escasa distancia de la propiedad de los Cornwall-Lloyd.

Desmond se detuvo ante un promontorio que le separaba del sendero que descendía hacia el mar, entre peñascos y arbustos. El suelo, bajo sus pies, era blando y mojado. La tarde iba perdiendo su luminosidad. Ya era tiempo de regresar...

En ese preciso instante, captó el ruido.

Giró la cabeza. Arrugó el ceño. Miró al promontorio, tras el cual estaba seguro de haber captado el sonido. Era como un roce, un murmullo ronco, algo inarticulado, difícil de interpretar. Siguieron unos susurros, como de ropas en movimiento, crujientes. Y chascó un ramaje al quebrarse.

Lamentó Byrne tener un solo brazo disponible. Su herida le irritaba más que nunca, porque le imposibilitaba de defenderse de cualquier riesgo. De todos modos, su única mano sana hurgó en su

bolsillo. De la levita, extrajo un chato revólver negro. Lo había llevado consigo en su valija, al emprender aquel viaje por carretera, en previsión de cualquier riesgo. Y lo había tomado consigo aquella misma mañana, tras la experiencia siniestra del sendero.

Resueltamente, con el arma amartillada, avanzó, rodeando el promontorio. Se detuvo en seco, lanzando una sorda imprecación de horror.

Una vez más, se veía ante un cuerpo sin vida. El viento frío y húmedo del mar, agitaba sus ropas, permitiendo descubrir unos recios muslos enfundados en algodón claro, salpicados violentamente de sangre… Unos senos poderosos, igualmente entre desgarrones de una blusa, bañado todo en sangre…

—¡Molly Lane! —rugió Desmond, palideciendo—. ¡Molly, la posadera! ¡Está muerta!

Los ojos vidriados de la infortunada matrona, le contemplaban sin ver, desde el rostro convulso, crispado, lleno del más vivo horror.

Corrió Byrne hacia el cadáver tendido junto al promontorio. Justo cuando llegaba junto a él, un nuevo ruido, a sus espaldas, hizo que se le erizaran los cabellos de la nuca. Se revolvió, rápido, temiendo lo peor.

No vio a nadie cerca. Pero sí a alguna distancia. Una figura medio borrada en la bruma, descendiendo hacia el mar, por entre los peñascos del acantilado. La niebla la engulló un instante después.

Resueltamente, Desmond avanzó tras esa figura, con todas las precauciones posibles. No quería dejar sentir su presencia, puesto que el fugitivo no parecía haberla observado, ya que su modo de hundirse en la niebla había sido tranquilo, aunque con rápido paso sin duda. No con el que llevaría un hombre que se supiera observado o vigilado.

Desmond descendió por un resbaladizo sendero que no conocía, procurando no caer ni producir ruido en las piedras. Ante él, a alguna distancia, en la bruma, otra figura se movía con paso firme y seguro, de buen conocedor de la región, hacia la orilla del mar. El aire cada vez ofrecía un más fuerte aroma salitroso. Los chillidos de las gaviotas eran ensordecedores, y eso contribuía a que sus pisadas no fuesen percibidas por la persona a quien seguía.

Primero había sido Daniels, ahora Molly… ¿Por qué estaban muriendo violentamente tantas personas de Whitby? ¿Qué horror se había desencadenado en el lugar desde que ellos llegaron?

Dejó de divagar. Lo importante era dar alcance a aquel personaje, descubrir cuando menos su identidad, para poder informar a la policía sobre la muerte de Molly, tratando de que se hiciera justicia con sus asesinos.

Ya se oía el oleaje, lamiendo ásperamente la orilla rocosa. En algunos puntos, las olas rompían ruidosamente, convirtiéndose en espuma violenta. Entre todo aquel ruido, Desmond podía captar ahora las pisadas de su perseguido, haciendo crujir las piedrecillas de la orilla. Apresuró el paso, dispuesto a darle alcance, a impedir que pudiese ponerse en fuga de alguna forma…

Se detuvo bruscamente. Había alcanzado la orilla. Y el perseguido no estaba solo. Pudo ver ahora su alta, negra, esbelta figura, entre ondulaciones del vuelo de su negro macferlán agitado por el viento marino. Sobre la cabeza, el sombrero de alta copa…

Era Nigel Asher, el caballero de la isla. El endemoniado, según la infortunada Molly Lane…

Estaba empujando una lancha al mar. Y en ella, tras ponerse a flote la embarcación, descubrió Desmond Byrne la presencia de otro personaje. Su sorpresa fue tal, su estupor tan grande, que le resultó imposible reaccionar.

Se quedó contemplando la embarcación, y con ella a sus dos siniestros ocupantes. El alto y misterioso Asher… y aquello que le acompañaba.

Un ser horrible. Un monstruo atroz y repulsivo, que caminaba agazapado, y se agitaba igual que un animal feroz, pese a sus ropas y apariencia humanas… No era el velludo ser que descubriera en el camino, cuando Daniels apareció muerto. Esta vez era diferente. Se trataba de un ser diferente, tan espantoso como aquél.

Su cara deforme, lívida, ofrecía medio rostro como carcomido, purulento, y el otro medio crispado por una expresión abominable. Tenía el cráneo deforme, rugoso, y solamente poseía un brazo. Un brazo grande, velludo, rematado en… en una garra, una espantosa garra digna de una bestia salvaje y destructora. Una garra que goteaba sangre abundante en el suelo de la canoa, mientras Asher remaba con fuerza, alejándose en el mar y en la bruma, sin que

Desmond Byrne hubiera sido capaz aún de reaccionar en modo alguno contra la nueva y escalofriante visión.

CAPÍTULO VI

EL LIBRO

Era una angosta escalerilla, descendiendo hacia las profundidades del suelo. Húmeda, estrecha y resbaladiza.

Sombras inquietantes escaparon de sus tramos y parecieron huir en todas direcciones, como criaturas de la oscuridad, cuando la llama bailoteante de la antorcha osciló en su entrada.

—Desciendan, por favor —pidió Nathaniel Flanders, iniciando él mismo la marcha—. Yo les abriré el camino. No deben temer nada. ¿Cree que podrá usted bajar, señor Cavendish, con su pierna en ese estado?

—Creo que sí: —asintió firmemente el hombre de Londres, apoyándose en Cecil, su inescrutable y fiel criado. Luego, cambió una mirada con Desmond, que le seguía—. Vamos allá… y a ver si es cierta su historia, Flanders.

—Usted mismo la comprobará con sus propios ojos —respondió el administrador, iniciando el descenso a la cripta de la abadía—. No tenga la menor duda de que va a encontrarse con lo que ha venido a buscar. Ese libro nunca salió de la abadía.

Desmond no hacía comentario alguno. Iba reflexionando, con expresión sombría. Sus pensamientos estaban muy lejos de allí, y del empeño casi infantil de su compañero de viaje por comprobar la existencia del mítico libro endemoniado. A él, todo eso le resultaba particularmente ingenuo y ridículo. Era otra clase de horror el que le preocupaba. Cosas que no tenían relación entre sí, pero que llenaban su mente: Karin, desaparecida de Londres por su súbita pasión hacia un desconocido de cuya existencia nadie sabía nada en Whitby… Asesinatos monstruosos en aquellos lugares, con unos seres horripilantes como presuntos autores. Y con el misterioso

Asher mezclado en ello, hasta el punto de llevarse a su isla a uno de aquellos monstruos, tras el asesinato inexplicable de Molly Lane, la posadera.

El constable no estaba en el pueblo cuando él llegó con la noticia del nuevo crimen. Se limitó a dejarle un aviso en su oficina, añadiendo que el cuerpo de Molly reposaba justamente donde hallara la muerte, por si el policía juzgaba preferible no destruir huellas. Sólo que Desmond había cubierto aquel cuerpo con una manta y unas piedras, para impedir que sufriese el acoso de algún animal.

No comentó nada con Cavendish. Era mejor dejarlo para después de su visita a Cornwall Manor. La cena había transcurrido normalmente en la finca, y el silencio del clavicordio había sido justificado secamente por Flanders: Vanessa volvía a dormir, tras ser tratada por su enfermera, Hazel Lawson.

Desmond no dijo nada. Se limitó a cambiar una ojeada con Cavendish, que parecía demasiado absorto en su proximidad al momento solemne del encuentro con el obsesivo libro, para preocuparse de ninguna otra cosa.

Y ahora, finalmente, iban a descender a la cripta. Ahora, por fin, iban a verse ante el Negro Libro del Horror, si es que realmente existía, y no era un fraude de Flanders para vender más fácilmente aquella propiedad.

Contó Desmond hasta veintiocho escalones de piedra. Luego, de repente, pese a la luz de las antorchas, todo se hizo negro. Sorprendentemente negro en torno de ellos, como si la luz no bastara a borrar la oscuridad de los muros.

—No se extrañen —sonrió fríamente Flanders, encajando la antorcha en una argolla del muro—. Están en la Cripta Negra. Es enteramente de mármol negro, y se dice que aquí realizaba sus alquimias y experiencias secretas el Monje Sacrílego.

Maravillados, Desmond y su amigo contemplaban el lugar. Incluso el rostro inescrutable de Cecil reveló alguna emoción.

Paredes de negro mármol. Un rectángulo angosto, frío como el hielo, con la gélida atmósfera de una tumba, de la misma muerte. Alrededor de ellos, inscripciones en los muros, nombres y fechas…

—Aquí, se enterró durante siglos a los miembros de la familia —explicó Flanders—. Ahora ya no se utiliza desde hace muchos

años… Venga, por favor, señor Cavendish. Venga conmigo…

En el corazón de la vieja abadía, la cripta parecía aún tan fresca y reciente como si hubieran terminado de edificar el recinto. Y allá, al fondo, la mano de Flanders señaló algo.

Algo que ninguno de ellos fue capaz de descubrir, porque solamente existía ante ellos un muro con una inscripción en latín, grabada sobre el mármol sombrío:

> *Y aquel que abra una sola vez el Negro Libro del Horror, habrá desatado el Mal y habrá alcanzado el poder de controlarlo y dominarlo en su servicio.*

—No veo nada, Flanders… —habló Cavendish, pálido e impaciente.

—No se preocupe —murmuró el administrador—. Va a verlo en seguida…

Y su mano se extendió, apoyándose en el negro mármol del fondo. Alguna moldura fue presionada por él. De pronto, con un lento chirrido impresionante, la negra piedra comenzó a girar, a deslizarse…

Se quedó al descubierto una pequeña cámara lúgubre, oscura, en la que entró débilmente el resplandor de la antorcha.

—¡El libro! —aulló Cavendish con una crispación emocionada.

Avanzó como en éxtasis. Desmond Byrne no se movió. Pero se quedó contemplando aquel alto atril de madera negra, vieja y carcomida, que sostenía algo sobre sí.

Un libro. Un enorme libro de negras tapas de piel, con cierres de metal.

Habían llegado hasta el Negro Libro del Horror.

* * *

—Es… es el libro… —jadeó roncamente Burne Cavendish.

—Sí —afirmó Flanders—. Lo es.

Avanzó Cavendish hasta llegar ante el atril. Lo contempló con auténtica pasión, como si constituyese el más preciado tesoro imaginable. Sus manos avanzaron, rozaron la negra piel de la vetusta encuadernación, estremecidamente.

—Cielos... El libro... —jadeó—. Es..., es como un imposible. Como estar soñando... Parece auténtico, Byrne...

Desmond no le respondió. Estudiaba el volumen. Y, sobre todo, a su compañero de viaje. Esperaba el final de aquella escena que se le antojaba absurda. A pesar de que el ambiente de la cripta lograba impresionarle, a pesar de que sentía una rara opresión, quizá en parte por el sitio en sí, quizá por lo viciado de su atmósfera, en la que ahora se percibía el acre olor de la madera resinosa quemada, y el humo que iba despidiendo la llama.

—Puede intentarlo —dijo Nathaniel Flanders—. Abra ese libro. Vamos, ábralo, si es capaz de ello...

—No puede ser tan difícil —habló Cavendish en un murmullo, con sus dedos rozando las tapas de piel, y luego los cierres metálicos, herrumbrosos—. Están muy oxidados, sí. Pero han de abrirse de alguna forma.

—Inténtelo —le invitó Flanders, irónico.

Desmond mismo creía opinar como su amigo. Aquel volumen no podía ofrecer obstáculos insalvables a nadie. Era ridículo imaginar que resistirían los cierres todo empeño. Pese a ello, esperó curiosamente los acontecimientos, preguntándose qué haría ahora Cavendish con aquel libro enigmático...

Su amigo no vaciló. Comenzó a manipular los cierres. Byrne le advirtió, hablando por primera vez desde que llegaran a la cripta:

—Tenga cuidado. ¿Recuerda lo que se dice, si llega a ser abierto?

—Claro que lo recuerdo... —Temblaba Cavendish, en su excitación—. Debería ser destruido, pero..., pero no puedo hacerlo. Hay algo superior a mi voluntad que me empuja a intentar mover esas tapas, abrir sus páginas, saber... saber cuál es el Mal y cómo dominarlo con mis propias fuerzas...

—Ya le dije siempre que yo no creo en la leyenda —suspiró Flanders—. Sólo creo en la existencia del libro en sí. Libro que no sé lo que dirá, ni me preocupa. Pero si realmente tuviera en ello la fe que usted tiene, Cavendish..., jamás intentaría abrirlo, por si es verdad lo que de él se ha dicho.

—¿Y cómo, teniéndolo aquí durante años enteros, no se le ha ocurrido abrirlo, saber lo que en esas páginas dice? —Musitó Cavendish, manipulando ya en los cierres, que crujían bajo su

presión—. Si el libro existe, es que lo demás es también cierto… Algo terrible se encierra aquí. Pero tengo fe en que sepa dominarlo…

—Cuando el Mal se desata, nadie es capaz de dominarlo —le recordó Desmond, sombrío—. De todos modos…, adelante. Espero a que ese libro sea abierto. Pero si ello sucede, aunque no exista en sus páginas misterio alguno, usted, Cavendish, habrá probado algo que nadie podría negar: que los hombres somos ciegos y estúpidos. Aun sabiendo que podemos desencadenar la perdición, el horror y el caos, seguimos adelante por simple afán de llegar más lejos, de sentirnos más fuertes, de ganar una batalla, de alcanzar lo anhelado…

—Al diablo con todo eso, Desmond. Habla usted como un predicador —se irritó Cavendish—. Voy a abrir este libro… ocurra lo que ocurra. Y aun entonces, Flanders, esté por seguro de que compraré su propiedad, si hallo en él lo que espero…

El administrador de la propiedad se encogió de hombros, con escepticismo. Su seguridad impresionó a Desmond:

—No se preocupe por eso. Jamás abrirá el libro. Tendrá que cumplir su palabra y adquirir la finca, como dijo.

—Lo veremos, Flanders… ¡Lo veremos!

Y comenzó un furioso forcejeo entre un hombre fanático, cuyas fuerzas se multiplicaban a causa de su propia obsesión, y un simple libro, voluminoso y pesado, cuyos cierres metálicos, de oxidado hierro, resistían todos los embates.

Desmond Byrne, apoyado de espaldas en uno de los muros de mármol, contemplaba fríamente la escena. Una singular expresión de asombro y de compasión asomaba a su rostro, viendo los esfuerzos de Burne Cavendish por abrir las páginas de un libro.

Y se preguntó Byrne a sí mismo si era posible que dentro de un libro pudieran albergarse todos los males de la Humanidad, todo el saber perverso de los endemoniados, cuando ahora mismo, en torno de ellos, poderes siniestros, seres increíblemente anormales, auténticos monstruos de inexplicable origen, estaban asesinando a personas como Daniels, como Molly…

Pero el forcejeo continuaba. El libro resistía. Los cierres no hacían sino chirriar sordamente, sin moverse una sola pulgada…

Desmond Byrne sacudió la cabeza, desalentado. Sabía que era

inútil… Nunca abriría aquel libro. Una idea fugaz cruzó su mente. Avanzó, resuelto, hacia Cavendish.

—Déjeme a mí —pidió con voz glacial.

—¿Eh? —Lívido, sudoroso, con los ojos enrojecidos y las manos temblando, Cavendish se volvió hacia él, sin dar crédito a lo que oía —. ¿Usted? ¿Usted va… a intentarlo? Eso no tiene sentido. Debo ser yo…, yo quien…

—Sólo un momento, amigo mío —sonrió Byrne, enigmático—. Luego, si fracaso, le dejaré a usted el turno nuevamente…

Cavendish, de mala gana, se apartó un momento, quizá para recuperar fuerzas, seguro de que también él iba a fracasar. Se enjugó el sudor, sacudiendo la cabeza. Flanders miraba curiosamente a Byrne.

—No lo logrará —jadeó Cavendish—. Nunca. Ese libro no se abre. Estoy empezando a darme cuenta de ello…

—Lo supongo. —Byrne tomó el volumen en su mano. Polvoriento, crujiente, viejo y pesado. Lo manipuló, examinando sus cierres críticamente. Luego, sacudió la cabeza—. Resulta lógico que no pueda abrirlo nadie, Cavendish.

—¿Eh? ¿Qué quiere decir? —Pestañeó su compañero, perplejo.

—Algo muy simple: este libro no posee cierres. Esas piezas de metal son completas. Es decir, no forman dos cuerpos, sino uno sólo cada una de ellas. No hay cierre, sino simples piezas de hierro ajustando herméticamente el libro. Sólo arrancando los cierres, se abriría el volumen. Así, por ejemplo…

Antes de que nadie pudiera preverlo, ni siquiera Flanders, Byrne extrajo de sus ropas el revólver. Lo amartilló y disparó a bocajarro sobre el libro. Cavendish emitió un grito, como si el volumen fuese un ser vivo, capaz de ser asesinado.

La pieza de hierro saltó entera. Otro disparo, rompió la segunda.

Y el libro quedó abierto. Cavendish lanzó una imprecación. Avanzó frenético hacia él.

—¡Loco! ¿Qué ha hecho? —rugió—. ¡Eso es una profanación, Byrne…!

Desmond sonrió, abriendo el libro súbitamente. Le mostró sus páginas, que pasaron rápidas, crujientes, amarillentas y ajadas, despidiendo un polvillo sucio.

Estaban vacías. Todas absolutamente en blanco, sin nada escrito

en ellas.

—¡Vacío! —Aulló Cavendish—. ¡El Negro Libro del Horror… está en blanco!

En ese momento, un súbito ramalazo de viento frío, que se ignoraba de dónde pudo llegar, agitó la llama de la antorcha violentamente… y la apagó, dejando la negra cripta en súbita, total oscuridad…

En esas tinieblas profundas e inesperadas, sonó un instante después un alarido desgarrador, el grito de un hombre que siente en su cuerpo la más terrible de las sensaciones, el mayor dolor físico imaginable…

* * *

Desmond Byrne encendió un fósforo en la oscuridad.

Lo alzó en el aire, tratando de ver algo. Inmediatamente descubrió la faz horripilante del monstruo. Un ser espantoso, de rostro despellejado, con un ojo tumefacto y un vello rojizo colgando de sus labios deformes, babeantes y ensangrentados…

Tuvo el tiempo justo de arrojar el fósforo, que se apagó, y rodar por tierra, fuera del lugar que antes había ocupado. Sintió no lejos de él la presencia de un bulto pesado, el golpeteo contra el muro, y la jadeante búsqueda de su persona por parte de alguien. Desmond siguió desplazándose en la oscuridad, pegándose a los muros de frío mármol, eludiendo todo posible choque con el ser monstruoso que le permitiera entrever su fósforo encendido… y que no era ninguno de los que viera antes, en ocasión de los dos asesinatos.

La dantesca, terrorífica criatura, parecía bramar en la sombra. Aparte de eso, sólo se percibía un jadeo, algo así como un estertor. Y nada más. Ni una voz, ni un ruido, salvo roces sordos e indescriptibles, que no era capaz de identificar exactamente.

La atmósfera de terror de la cripta, había llegado a su paroxismo con aquellos incidentes últimos. Ahora, Desmond ya no se atrevía a dar luz alguna. Presentía la vecindad de algo espantoso en las sombras, y sabía que enfrentarse a ello, significaba la muerte cierta.

Transcurrieron los minutos con una lentitud exasperante, agotadora. El ronquido dejó de percibirse. Desmond estuvo seguro de que unas pisadas torpes se perdían en la distancia, y un silencio más profundo se adueñaba del recinto en sombras.

Dejó pasar otro minuto, antes de intentarlo de nuevo, pero esta vez lo hizo de diferente manera.

Avanzó hasta donde sus dedos palparon la presencia de la antorcha colgada del muro, ahora sin llama. Rápido, prendió un fósforo y lo aplicó a la madera resinosa, embadurnada de algo combustible. La llama creció veloz, iluminando con tonos anaranjados, siniestros, el recinto donde él acababa de abrir el Negro Libro del Horror…

Empuñó luego, rápidamente, su revólver. Lo amartilló, esperando lo peor. No sucedió absolutamente nada. Miró en derredor. Era espantoso.

Cecil reposaba sentado en un rincón, con el rostro petrificado, lívido, sin atreverse a hacer el más mínimo movimiento. Era obvio que algo había visto o notado, y el terror le dejó casi idiotizado. No lejos de él, Flanders aparecía encogido, amedrentado, conteniendo incluso la respiración para no hacer notar su presencia allí.

Y en medio de la cámara subterránea, junto al atril volcado y el libro abierto, de hojas en blanco… estaba Burne Cavendish.

Muerto. Destrozado brutalmente. Como Daniels, como Molly…

Su aspecto era estremecedor. Como si un grupo de fieras se hubieran ensañado con su cuerpo, con su rostro, con sus ropas… Desgarrado, ensangrentado, con mutilaciones espantosas, aquel cadáver era un pelele escalofriante, un muñeco roto y sangriento, capaz de dejar lleno de terror al más audaz e indiferente.

—Dios mío… —jadeó Desmond—. Dios mío, qué horror más inconcebible…

Pasó junto al cadáver de su compañero de viaje. Había muerto después de ver que todo su sueño no valió la pena. Que el Libro del Horror no contenía absolutamente nada, bueno ni malo. Pero apenas hubo alcanzado su objetivo, el Mal sí cayó sobre él, como una maldición que les alcanzaba a todos inexorablemente.

Porque de repente, la cripta se había convertido en sepulcro para él. Y pudo haberlo sido para todos los demás. Cecil estaba sollozando ahora, rotos sus nervios ante la tensión producida, y la posterior visión del cadáver de su amo.

Desmond avanzó hacia Flanders, que se recuperaba, aunque su rostro mostrase una lividez mortal. Le aferró por la solapa, zarandeándole.

—Vamos, Flanders, hable usted —le exigió abruptamente—. ¿Qué es lo que ha sucedido aquí esta noche?

—¿Aquí? —Balbuceó el administrador de la propiedad, tembloroso, mirándole angustiado y tratando luego de eludir su mirada—. No sé… No sé lo que pudo ocurrir… ¿Cómo iba yo a saberlo, Byrne?

—No me engañe, Flanders. Usted sabe mucho más de lo que dice. Usted sabe que aquí están sucediendo cosas horribles, al margen de todas esas tonterías de los libros del horror y demás leyendas.

—No sé de qué me está hablando, Byrne. Yo…

—Usted sabe ya que Daniels, su criado, ha muerto. Le asesinaron cuando venía tras de nosotros, quizá para contarnos algo que sabía. Luego, mientras espiaba esta casa, no sé si por simple comadreo o para averiguar algo de más trascendencia, Molly Lane, la posadera, fue también asesinada.

—Dios mío, no. No puede ser todo tan terrible… —gimió Nathaniel Flanders.

—Pues lo es. Y usted parece temerlo. Prueba de que sabe lo que está sucediendo, y nos ha traído a una auténtica trampa de muerte.

—¿Trampa? ¡Oh, no, eso no! —rechazó Flanders con gesto indignado—. Yo jamás haría algo así, señor Byrne… Quise, de buena fe, que el señor Cavendish viese ese libro. Yo conocía su truco, y así esperaba que él comprase la casa. Ese libro debió ser puesto ahí por un Cornwall-Lloyd, para justificar la leyenda o para suplantar el auténtico libro de nigromancia, si es que existió alguna vez…

—Imaginé algo así, Flanders. Es usted muy listo. ¿Por qué hace todo esto? ¿Para vender lo antes posible y huir de aquí con Hazel, su amante?

—¿Usted…, usted sabe…?

—Todo Whitby lo sabe, Flanders. No sólo eso, sino que entre ambos puede que estén volviendo loca a Vanessa… Además, usted quizá no supiera que hoy íbamos a ser atacados dentro de esta cripta, pero sí sabe lo que está sucediendo, sabe quién maneja esto en la sombra… Usted tiene que haber visto a los monstruos… Monstruos manejados por Nigel Asher, ¿no es cierto, Flanders?

—Me… me temo que sí… —gimió Flanders—. Dios mío, ¿qué

puedo hacer yo? No tengo culpa, no sé nada de nada… no puedo evitar nada…

—Pero puede decirme lo que está ocurriendo, cuando menos. ¿Por qué esas atroces muertes, por qué ser atacados aquí esta noche? ¿Por qué han sido asesinados Daniels, Molly y Cavendish?

—Ellos… ellos matan por matar, Byrne… ¿No lo comprende?

—¿Ellos?

—Los monstruos… Son seres incapaces de obrar como los demás. Auténticos engendros del infierno… Vienen de la isla… y vuelven a ella. Por eso nadie se atreve a ir allá… Nigel Asher manda sobre ellos. Es quien puede controlarlos y darles órdenes. Sólo él. Pero me temo que eso le tenga sin cuidado. Es un ser sin conciencia. Sólo piensa en su maldita magia o lo que sea, aquello que allí realiza. No le importa que mueran los demás, que sus bestias horribles deambulen por ahí, sembrando el terror… y la muerte.

—¿Y la justicia, Flanders? ¿Y la justicia? ¿Para qué está?

—¿Quién se atrevería a denunciar a Asher? Estoy seguro de que la policía no encontraría prueba alguna cuando acudiera allá… y a cambio de eso, el delator sufriría luego un horrible castigo…

—De modo que es eso lo que hay en Whitby: terror. Un auténtico terror… a Nigel Asher. Él es el que provoca esos horrores… y todos le temen. A él y a sus criaturas atroces… Pero ¿cómo pudo llegar hasta aquí una de ellas esta noche, Flanders?

—No… no podría explicarlo, no lo entiendo… Yo no tengo culpa alguna, lo juro…

—Flanders, no sé si entre usted y la enfermera están matando o enloqueciendo a Vanessa, pero lo que sí sé es que si hemos sido atacados aquí y Cavendish ha muerto, usted sabe perfectamente la razón de que ello sucediera. No quiero culparle de nada, pero lo haré, si insiste en callar. Y no dude de que, llegado a este extremo, estoy dispuesto incluso a matar, antes de que me maten a mí, ¿ha comprendido?

—Sí, muy bien… —gimió ahogadamente Flanders. Tras un silencio, dijo con voz rota—: No pensé inicialmente en ello, pero esta cripta… posee otra entrada… a través del subterráneo…

—¿Otra entrada?

—Y salida, por supuesto… Un pasadizo que comunica esta abadía… con el mar.

—¡El mar! —Los ojos de Byrne brillaron, excitados—. Cielos, ahora entiendo… ¡Pronto, Flanders! ¡Ese pasadizo! ¿Dónde está?

—Ahí… Junto a ese muro. Basta apretar una moldura. Deje que lo haga… Pero no debe usted aventurarse por él.

—¿Por qué no?

—Nadie que haya avanzado por ese corredor regresó con vida… Piense… piense que conduce a la orilla del acantilado… justo frente a la isla de Asher… No vaya, por Dios…

—Eso es lo que voy a hacer: ir por ese camino —la única mano válida de Desmond, agitó el arma de fuego—. Y si me encuentro con algún monstruo, sea infernal o no, le clavaré una bala en la cabeza… y veremos cómo reacciona.

* * *

El pasadizo subterráneo era largo, angosto, húmedo y tenebroso.

Avanzaba desde la cripta, serpenteando entre rocas rezumantes de agua, en el subsuelo de la propiedad de los Cornwall-Lloyd. Byrne se dijo que, en otros tiempos, debió servir para contrabando y cosas parecidas. Ahora, evidentemente, servía para algo mucho más siniestro y estremecedor.

Mientras avanzaba hacia la salida al mar, arma en mano, Desmond iba pensando que no le sorprendía en absoluto lo que Molly hablara sobre alaridos y gritos horribles que surgían de la abadía en noches calladas. Si los monstruos asesinos deambulaban por allí frecuentemente, sus voces y sonidos serían capaces de helar la sangre en las venas al más audaz.

Alcanzó la salida finalmente, sin encontrar en su camino obstáculo o problema alguno. La oscura noche asomó ante él. Festones de blanca espuma fosforescente, saltaban sobre las rocas de aquella cala casi invisible desde arriba, hundida en el acantilado. Y en ella, varada, había ahora una lancha, junto a las huellas de otras lanchas que, sin duda, estaban varadas allí frecuentemente.

Byrne miró en derredor. No había nadie. Estuvo convencido de que un ser monstruoso habíase hecho poco antes a la mar, en una canoa de aquéllas, regresando a la isla pedregosa que Asher poseía enfrente de la costa.

El joven abogado londinense no vaciló gran cosa. Una idea, una espantosa idea daba vueltas en su cabeza, y estaba dispuesto a

confirmarla, aunque se jugase la vida en ello. Muchas cosas que antes no tenían sentido, estaban empezando ahora a tomar demasiado.

La canoa se hizo a la mar. Desmond sólo podía utilizar un remo, y para ello precisaba hacer doble esfuerzo, con menos rendimiento. Pero aun así, se alejó de la costa, en la noche sombría y borrascosa, rumbo al islote…

* * *

La isla era, realmente, como un peñasco erguido en medio del mar. Piedras negras y abruptas, una cala con arena negruzca y peñascos, y en ella un navío de vela de dos palos, indudablemente el que era propiedad de Asher.

Dentro del islote, vegetación abrupta, más peñascos… y una luz en su centro. La vivienda, la morada del misterioso caballero del macferlán negro.

Desmond Byrne iba ya dispuesto a todo. Habíase decidido abiertamente por la lucha cara a cara, con todas sus consecuencias, por dramáticas que fuesen. A fin de cuentas, ahora creía saber por qué luchar, y estaba dispuesto a hacerlo hasta el fin.

Desmond Byrne avanzó por la isla, con paso rápido y elástico, en dirección a la sombría edificación. Si sus sospechas eran ciertas, iba a encontrarse con algo realmente horrible. Pero ya no podía volverse atrás. Y tratar de resolver aquello con la ayuda del constable Harding, era una completa inutilidad, una locura absoluta.

Valía más llegar hasta el fin por sus propios medios. Y eso era lo que él estaba haciendo ahora…

Se detuvo ante el edificio, que formaba una sólida masa en la noche, asentada sobre los peñascos del solitario islote, a menos de una milla de la costa. Las olas rompían furiosamente contra su litoral, produciendo un sordo ruido en la noche.

Desmond contempló la puerta metálica, entreabierta, a un lado del edificio. No le pareció una medida imprudente de sus ocupantes. Sencillamente, no podían esperar visitas en la isla, sabiendo que era temida de todos, y que nadie se acercaría a ella bajo pretexto alguno.

Entró por aquel acceso, resueltamente. Avanzó decidido en la

sombra, tanteando con cautela para no caer ni chocar con nada. Era un pasadizo angosto, que terminó en una escalera de caracol, de piedra, que subía hacia una planta superior. Allí había luz, en lo alto, dando claridad a la escalera.

Apretó con fuerza su revólver, avanzó paso a paso, remontando la escalera. Por fin, se encontró en un corredor, alumbrado por lámparas de petróleo en los muros. Avanzó resueltamente, pegado a la pared, tratando de captar algún ruido, algún sonido…

De súbito, ante él, se abrió una puerta. Emergió alguien, una figura de mujer, con un largo vestido, negro como la noche. Una mujer pálida, rubia, de ojos claros, inconfundible para Byrne…

—¡Karin! —rugió, con voz convulsa, al reconocer a su prometida.

Ella le miró fija, estúpidamente, como si no supiera lo que escuchaba o veía. Algo, una profunda convulsión, se produjo en ella. Sus ojos dilatados pestañearon, su boca se entreabrió…

—Oh… Des… Desmond… —sollozó con voz rota.

Luego, inesperadamente, se desplomó en el suelo de piedra, desvanecida.

Byrne se precipitó rápidamente hacia ella, para atenderla. La voz helada, viril, le detuvo en seco:

—No se acerque. No se mueva, Byrne… o es hombre muerto. Y sabe que no bromeo…

Alzó la cabeza, furioso, dispuesto a apretar el gatillo, disparando sobre quien fuese.

Se encontró ante el alto, frío e inescrutable joven, el caballero Nigel Asher, vestido con negra levita. Esgrimía una pistola fija en él.

Pero no parecía hacerle falta, rodeado de su cohorte de monstruos deformes. Tras él, había hasta cinco seres horripilantes, feos y monstruosos como los que viera recientemente. Incluso pudo identificar a aquellos que ya viera anteˆ, entre la cohorte alucinante de aquel hombre diabólico.

CAPÍTULO VII

EL HORROR

—Usted… ¡Usted, Asher! Usted era Hamilton Prentiss, el caballero de Londres, el que parecía enamorar a Karin súbitamente… ¡Sugestión, simple hipnosis, maldito farsante!

—Sí, hipnosis —afirmó él, glacial—. Pero nada de farsante, Byrne. Yo soy el doctor Nigel Asher, especializado en biología y biocirugía… Esto forma parte de mi obra…

—Biocirugía… —repitió Byrne—. Creo entender. —¡Su obra…! Una galería de monstruos, de seres espantosos… ¡Eso es lo que usted ha creado, maldito sea! ¡Está experimentando con animales y seres humanos!

—Eso es: injertos, cambios de miembros, de vísceras, incluso de… de cerebros, no tardando mucho… —Los ojos de Asher brillaban como los de un demente—. Una hermosa obra de la Ciencia para el futuro. Algo que esos ignorantes jamás entenderían. Pero usted es inteligente, tiene cultura. Usted ha de entenderme…

—No, no puedo entender que se destruyan vidas, que se rapte a seres vivientes para… para usarlos como cobayas… Imagino que Karin… Karin no ha sido secuestrada por amor, sino por alguna razón que no acierto a ver clara…

—Tiene mucha razón —sonrió fríamente Asher—. Karin Spencer está aquí por otra razón que la de ser hermosa y haber parecido loca por mí cuando usted se ausentó de Londres, y yo la cortejé, hipnotizándola, tras haberle seguido a usted por la ciudad, cuando supe que era el abogado que Cavendish se traería aquí, para tratar la compra de la finca…

—¿Por qué eso, Asher? ¿Por qué Karin?

—Bueno, ella es… es hermosa. Pero también tiene un hermoso

organismo. Hay alguien enfermo, que necesita rápidamente una serie de injertos, de trasplantes…

—¿Quién? —preguntó roncamente Byrne, estremecido de horror.

—Yo, señor Byrne —dijo una voz de mujer, al otro lado del corredor.

Se volvió Desmond, atónito. Y se enfrentó con algo que había empezado también a sospechar:

—¡Usted! —musitó—. Vanessa Cornwall-Lloyd, la heredera loca…

Ella se echó a reír, malignamente.

—No. Loca, jamás… Flanders no sabe lo que dice, con tal de encubrir la verdad… Sufro de un mal incurable en mi corazón, en mi sangre… Un mal que Nigel, mi amado Nigel va a curarme definitivamente… con el corazón y la sangre de Karin Spencer… Hermosa tarea científica, ¿no le parece?

* * *

—De modo que era eso… —Tembló Desmond, horrorizado aún, ante aquella mujer siniestra, a quien todos consideraban víctima. Ante Asher, genio de la ciencia, dedicado al mal, y su cortejo de monstruos aterradores—. Enferma, pero no demente… aunque sí sufre una desviación mental que le hace gozar con el mal que causa su amado Asher… Está loca en otro modo diferente… Los gritos, las crisis… son para aliviar sus dolores físicos. Luego… se ausenta, en vez de dormir. Viene aquí… con Asher… ¡Y Flanders lo sabe, Flanders quiere terminar de una vez con todo eso, irse de la finca, dejarla en manos de médicos que la curen o lo intenten realmente, sin tener que recurrir a teorías de cirujano demente!

—Cirujano demente… —soltó una fría carcajada el alto y enlutado joven—. No sabe lo que dice… No, no lo sabe… Yo seré el más grande, ¡el mejor cirujano! ¡Para eso tengo el libro de cirugía, de biología y de avances científicos del monje cirujano a quien todos llamaron sacrílego y endemoniado! ¡Su libro es mi gran guía en toda esta labor que un día será beneficiosa para el mundo, Byrne!

—Entiendo… El Libro del Horror… un simple libro de cirugía y de ciencia medicinal de un biólogo de otros tiempos… más cerca

del diablo que del bien, pese a todo… ¿Qué va a hacer conmigo, ahora que lo sé todo?

—No le mataré, si coopera. Será… uno de mis muchachos —rió, señalando a sus monstruos, que también reían siniestramente—. Sí, querido señor Byrne… Será uno más… como ellos… —Vanessa también reía locamente, feliz de presenciar todo aquello, sin duda.

Desmond se sintió enloquecer. Y aunque sabía que eso era el fin suyo, el de Karin, el de todos los que podían poner freno a la demencia de Asher y de Vanessa… se dispuso a hacer fuego con su arma. Era mejor morir, que servir para algo semejante.

—Lo siento, Asher —dijo roncamente. Apuntó a Karin, inconsciente—. La mataré a ella. Y luego a usted, si tengo tiempo. Finalmente, yo seré la última víctima. Hay tres balas. Una para cada uno. Es mejor que nada.

—No hará eso, Byrne…

—¿No? —Reí—. Ya lo creo que lo haré, Asher. No quiero verme convertido en un monstruo capaz de despedazar a la gente como si fuera una bestia feroz… No, Asher. Ya elegí.

—No podrá hacerlo —dijo él con aspereza—. ¡Le mataré antes!

Y alzó su arma, para herir de muerte a Byrne.

* * *

Cuando empezaron a restallar las detonaciones, Desmond Byrne no supo lo que sucedía exactamente. Hasta ver que la legión de monstruos, producto de la ciencia diabólica de Asher, caían por doquier, abatidos a tiros, lo mismo que el propio Asher. Vanessa, chillando desesperada, corrió a él y aferró su cadáver…

Byrne giró la cabeza, mientras se precipitaba a su vez sobre Karin.

—Llegamos a tiempo, Byrne —dijo el constable Harding, a su espalda, capitaneando al grupo de hombres armados de fusiles y de pistolas, que habían irrumpido en la fortaleza del horror—. El aviso de Flanders y de Hazel Lane llegó muy a tiempo, y acudimos hacia acá los que íbamos a iniciar una batida en busca de monstruos… Ahora creo entender la historia completa…

—Es difícil entenderla toda… —musitó Desmond roncamente, aferrando contra sí a Karin, que empezaba a recuperarse—. Difícil… por lo horrible que es toda ella en sí. Por fortuna, Harding, ha

llegado muy a tiempo. Éste es el fin de la pesadilla…

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana). Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester. Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*. Su extensa obra literaria como

escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera. Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios. En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz. Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.